Toda obra escrita es útil

Conferencias y sermones en Argentina, 2016

Dionisio Byler

TODA OBRA ESCRITA ES ÚTIL

Dionisio Byler

Toda obra escrita es útil

Conferencias y sermones en Argentina, 2016



Biblioteca Menno

Biblioteca Menno

Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

ISBN: 978-1536977431

Contenido

Prólogo

En el verano español de 2016 —invierno en el hemisferio sur— mi esposa Connie Bentson y yo tuvimos el privilegio de pasar unas semanas en mi Argentina natal. Allí fui invitado a dar unas conferencias para distintos grupos de líderes cristianos y predicar cada domingo en un lugar diferente. Algunas personas me pidieron mis apuntes de mis conferencias; también hubo interés en tener mis traducciones propias, que leía en voz alta, de los textos sobre los que prediqué. Para estos efectos me ha parecido oportuno preparar el presente librito, que reúne en un mismo lugar esas conferencias y esos sermones. Con lo cual también otros podrán conocer este material, aunque no hayan tenido oportunidad de oírlo en persona.

Mi manera de expresarme cuando he escrito sobre las cuestiones tratadas en estas conferencias, lleva a algunas personas a opinar que trato con excesiva ligereza la Biblia. Creo que se equivocan en esa apreciación. Por eso me parece especialmente apropiado incluir en el presente librito estos cuatro sermones, como botón de muestra de mi predicación, donde se puede valorar cuánto y cómo centro en los textos bíblicos mis exhortaciones y palabras de ánimo y estímulo para la iglesia. Los lectores hallarán también, inevitablemente, que estos sermones hacen eco de algunos de los temas tratados en las conferencias.

Los temas tratados desarrollan —aunque en cierta medida sólo reiteran— temas que he tocado en mi «Trilogía sobre la Biblia»; en particular, los primeros dos de esos libros: *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (4ª ed. Librería Amazon: Biblioteca Menno, 2014) y *Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia* (2ª ed. Librería Amazon: Biblioteca Menno, 2014). También repito aquí algo de lo que aparece en *Entre Josué y Jesús. El sentido de la historia del Antiguo Testamento* (Librería Amazon: Ediciones Biblioteca Menno, 2015). Mis estudiantes de Introducción al Antiguo Testamento en la Facultad de Teología SEUT (Madrid) reconocerán aquí, sensiblemente resumidas, algunas cuestiones que también suelo tratar en esa asignatura. Cuando preparaba estas conferencias no era mi intención publicarlas y esa reiteración y repetición no suponía un obstáculo, como se comprenderá.

Estamos hoy día, en mi opinión, ante una de las crisis periódicas que asolan el cristianismo, en particular el cristianismo evangélico. Son crisis cuya génesis es esencialmente social, cultural y política, pero que se presentan falsamente como crisis de aceptación del testimonio bíblico. Conforme el mundo en el que vivimos evoluciona naturalmente hacia posiciones nuevas, costumbres, nuevas, formas novedosas de entender la vida humana en relación unos con otros, esta evolución nos aparta paulatinamente de lo que antes creíamos ser verdades fijas e inmutables. Cada tanto, entonces, cíclicamente, el desfase entre lo antiguo y lo nuevo torna insoportable. Cuando esto sucede, se manifiestan dos tipos de reacción entre la gente con fuertes convicciones religiosas. Unos abrazan el cambio y lo ven como una manifestación nueva de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Otros lo rechazan, tachando esas formas nuevas de

pensamiento y conductas como apostasía, herejía, abandono de la fe; y en particular, abandono de la Verdad bíblica.

En parte por temperamento, pero creo que también por formación, educación y estudios, tiendo a caer del primer lado. Del lado de los que ven la evolución de las ideas y conductas como algo propio de la vida humana tal cual nos creó Dios. Del lado de los que aman la tradición porque nos sitúa en continuidad con las generaciones que nos precedieron, pero detestan el tradicionalismo porque nos encorseta, nos oprime, nos sofoca, nos roba la espontaneidad y la libertad a la que hemos sido llamados como seguidores de Jesucristo.

Presenté estas conferencias a manera de diálogo. Aunque creo que manejo datos reales, información contrastada que no suelen manejar los pastores y líderes laicos de muchas iglesias evangélicas, sin embargo qué es lo que haremos con esta información, qué conclusiones derivamos de ella, no es algo que sea patrimonio de los eruditos ni muchos menos, en particular, de mi persona. Puedo traer a la mesa datos nuevos, datos que otros es posible que desconocieran. Pero Dios ha repartido dones y responsabilidades generosamente entre todos aquellos que hemos sido llamados a servirle; y por consiguiente, las conclusiones a que nos puedan conducir esos datos, es algo que hemos de descubrir entre todos. Dialogando. Oyéndonos unos a otros, procurando entender cuáles son las inquietudes que mueven a cada persona a sostener lo que sostiene, tratando de oír la voz del Espíritu en el pensamiento del hermano o la hermana que se manifiesta en desacuerdo con uno mismo.

Por eso cada una de las presentaciones que constituyen la primera parte del libro, fueron seguidas de un buen rato de interacción, reflexión comunitaria, diálogo y debate. El diálogo

fue inmensamente respetuoso en cada ocasión, rico en ese fruto del Espíritu que se manifiesta como disposición a pensar lo mejor acerca de las motivaciones e intereses que mueven al prójimo. Me pareció observar un deseo auténtico de discernir hacia dónde nos quiere conducir Aquel que es Cabeza indiscutible de la iglesia, quien nos gobierna y nos guía aunque a veces parezca que no.

Solamente he podido reproducir aquí mis propias palabras iniciales que dieron lugar al diálogo posterior. Tal vez la mejor manera de reproducir esto otro, sería estudiar este librito juntos en grupos.

Creo que fue en 2013 que Osvaldo Cepeda nos propuso un viaje a Argentina para un ministerio de enseñanza. Osvaldo fue un colaborador estrecho de mi suegro, Keith Bentson, en su ministerio en Argentina y Bolivia con Comunidad Cristiana. La idea que nos propuso era compartir mi actividad entre las iglesias menonitas argentinas y las iglesias de Comunidad Cristiana, que es en efecto como se hizo. Nos costó mucho hallar fechas de común conveniencia a tres bandas, pero al final el Señor dispuso que se vencieran los obstáculos y así pude regresar a Argentina 20 años después de mi última visita.

Quiero desde aquí expresar mi gratitud sincera a todas aquellas personas que hicieron posible este viaje. Dios y mi esposa saben que detesto viajar y me resisto a viajar. Pero también entiendo que cuando el Señor así lo dispone, mis viajes pueden resultar de bendición no solamente para otros sino en particular hasta para mí también, a pesar de mis resistencias.

Dionisio Byler
Burgos, julio de 2016

Primera parte. FINALIDAD Y VALOR DE LA BIBLIA

1

«Toda obra escrita infunde aliento divino y es útil...»[1]

Toda obra escrita infunde aliento divino y es útil para instruir, para amonestar, para enderezar, como escuela de lo que es justo, con la finalidad de que la persona entregada a Dios esté preparada para emprender cualquier acción benéfica (2 Ti 3,16-17)[2].

---

[1] Diálogo propuesto el 18 de junio de 2016 para el Instituto de Pastores menonitas (de la provincia de Buenos Aires) en Bragado; y el 9 de julio para el Grupo de Enlace de la Región Centro Sur de Comunidad Cristiana, en General Pico (La Pampa).

[2] Uno de los oyentes expresó la sorpresa que seguramente sintieron otros, de no ver arrancar esta cita con las palabras «toda la Escritura» —en alusión directa a la propia Biblia—. Las mayúsculas son un invento medieval, por consiguiente siglos posterior a la redacción del Nuevo Testamento. Y el texto griego carece del artículo definido antes de la palabra «escritura». Tal vez debiera llamar más la atención eso de que «infunde aliento divino». El término, que Reina-Valera traduce como «es inspirado por Dios», indica algún tipo de relación sin especificar, con el soplo divino. Considero que mi propia traducción aquí en todos estos particulares es verosímil sin, por supuesto, desmerecer los méritos de otras traducciones posibles.

La primera cosa que quiero mencionar, es que Jesús y los apóstoles se valieron de la colección de Escrituras sagradas de los judíos, con una libertad asombrosa. Jesús y los apóstoles sabían bien que la única forma de que lo que decían pudiera ser aceptado por sus correligionarios judíos, era si se basaban en la misma Biblia Hebrea que utilizaban todos los escribas y rabinos de su nación.

Pero utilizaron esos escritos con una libertad de interpretación que es realmente notable. Para los apóstoles, esto parecía funcionar más o menos así:

- Lo primero, lo esencial e indispensable, era tener un encuentro con Jesús y reconocer en Jesús la aurora del reinado o gobierno de Dios sobre la humanidad.
- La segunda cosa necesaria era la infusión del aliento de santidad, ese soplo de Aquel que es santo, que todo lo santifica y que abre la mente y el corazón para comprender lo que es esencial en la vida.
- Entonces y en tercer lugar, con la mente y el corazón renovados, descubrieron que cualquier documento escrito puede ser útil para la edificación necesaria, para la instrucción para capacitarnos para toda buena obra.
- Y en cuarto y último lugar, este es el objetivo que tenían siempre presente: las buenas obras de vidas que reflejan los valores humanos que nos enseñó Jesús.

En tiempos de los apóstoles, había consenso entre los judíos sobre la configuración de la *Torá* —los libros de Moisés— y los *Neviím* —los rollos de los Profetas—. No era del todo seguro, sin embargo, el alcance exacto de la tercera colección, la de los *Ketuvim* —las «Escrituras» o demás escritos indispensables como colección nacional judía—. Es evidente que para

algunos, los libros de Macabeos, Tobías, o Baruc, por ejemplo, figuraban en la colección; por cuanto aparecen en la versión griega de la colección y pasaron así al Antiguo Testamento cristiano.

Sin embargo, aunque el listado de los libros hallaba un consenso casi absoluto, el **contenido** de estos libros todavía estaba bastante en flujo. Todo había empezado como un legado oral cuando el exilio babilónico. Esas tradiciones orales probablemente fueron reducidas a escritura en diferentes puntos y momentos, por diferentes individuos. Sabemos de tres centros principales, que acabaron figurando como tres tradiciones textuales diferentes derivadas de este proceso de poner por escrito lo que habían sido tradiciones orales:

1. **Babilonia**, el principal centro de erudición judía durante más de un milenio, desde la caída de Jerusalén hasta el auge del islam.
2. **Alejandría**, de donde nos llegan esos mismos documentos, pero en lengua griega.
3. **Jerusalén**, donde las colecciones escritas prácticamente desaparecen con las Guerras Judías de 66-70 d.C. y 130-132 d.C. Lo único que nos queda de la vertiente palestina de estos textos es la de los cismáticos esenios, en los rollos hallados en las cuevas de Qumrán.

El texto griego del Antiguo Testamento se establece —más o menos— cuando el imperio adopta el cristianismo y se crean los códices bizantinos de la Biblia cristiana en griego. Entre tanto, el texto hebreo conserva sus variantes locales hasta la Edad Media. La forma del texto que hoy se considera más pura y perfecta, es el Códice de Leningrado, de aproximadamente el año 1.000 d.C. Esto significa que tenemos un proceso de unos 1.500 años, aproximadamente, desde la destrucción de

Jerusalén, cuando lo único que quedó fueron tradiciones orales, hasta que se establece el texto del Antiguo Testamento —mil años después de Cristo— en su forma definitiva presente.

Mil años antes de eso, cuando Pablo escribió aquello de que «Toda obra escrita infunde aliento divino y es útil...» no estaba pensando en el Códice de Leningrado. Estaba pensando en una gran colección nacional que muchos se sabían de memoria y a la que otros podían acceder en libros; aunque en aquel entonces los libros eran escasísimos y valían una fortuna.

Pablo, sin embargo, era un fariseo de Turquía, que su familia había enviado a estudiar a Jerusalén como discípulo de Gamaliel. Gamaliel fue uno de los rabinos más importantes de aquella época, reconocido como tal en el Talmud, que es la colección de debates rabínicos que orienta hasta el día de hoy el pensamiento religioso judío. Por consiguiente hay que suponer que Pablo conocía de memoria la Torá; no solamente se sabía la Torá escrita sino especialmente también la oral: las tradiciones orales de interpretación de Moisés. Su forma de citar el Antiguo Testamento pareciera indicar: (1) que lo cita de memoria cuando escribe sus cartas y (2) que tenía muy buena memoria.

Los apóstoles —notablemente 2 Pedro y Judas, aunque también el Apocalipsis y Pablo, pero tal vez Jesús también— demuestran haber leído, u oído leer en voz alta —o por lo menos conocer de segunda mano— otros escritos que no acabaron entrando al canon, o regla, de las obras que definen la cultura nacional judía. Citan cosas acerca de Satanás y los demonios, por ejemplo, o sobre las almas que perecieron con el Diluvio Universal, que aparecen en Enoc y otras obras seudoepigráficas, que son obras judías llenas de especulación

esotérica que pretendía aclarar cuestiones que los textos bíblicos dejan sin explicar.

Aquí hay que hacer un paréntesis y explicar el fenómeno de la antigüedad y procedencia divina, como garantía de las obras literarias de la antigüedad:

Nosotros hoy valoramos la investigación, la originalidad de conclusiones, el contraste de opiniones, etc., de autores eruditos. Damos mucho más valor a un libro escrito recientemente —en los últimos 2-3 años— que cualquier cosa escrita hace 30-40 años, cuyas consideraciones sabemos que el autor más reciente probablemente ya ha tenido en cuenta al escribir ahora, si es que merecían la pena. Y preferimos estas obras recientes antes que cualquier cosa escrita hace siglos. Solamente consultamos libros antiguos como curiosidad histórica. Los juzgamos inadecuados porque no han podido tener en cuenta la inmensidad de descubrimientos y la evolución de las ideas que se vienen sucediendo desde que se escribieron.

En el mundo de la antigüedad era al contrario.

Lo nuevo se consideraba inútil y de poco interés, por tratarse de mera especulación humana. Lo que interesaba eran libros antiquísimos, escritos por figuras legendarias del pasado; libros basados en revelaciones que los autores habían recibido de sus dioses o de mensajeros divinos. Se consideraba que aquellos prohombres de tiempos remotos habían estado en especial relación con los dioses y que habían recibido directamente, por revelación, todo lo que pudiera interesar a los humanos conocer. Los libros se escribían, entonces, como procedentes de un rey fundador de una dinastía, o el fundador legendario de una ciudad o de una civilización, u otra figura destacada de las leyendas sobre las primeras generaciones de la

humanidad. Y era imprescindible indicar también la identidad del ser sobrenatural que había revelado estas cosas recogidas fielmente en este libro.

Esto era lo habitual y normal en la literatura, desde miles de años antes de Cristo.

En Israel pasó esto mismo, hasta cierto punto; aunque es notable la sobriedad y falta de fantasía que trae el Antiguo Testamento, si se compara con otras obras análogas de la antigüedad. Y sin embargo para los siglos inmediatamente anteriores a Jesucristo, sabemos de la existencia entre los judíos de obras atribuidas por ejemplo a Enoc (que en Génesis se dice que caminó con Dios y Dios se lo llevó de la tierra), de Noé, y otros personajes ilustres del pasado. Esdras, por ejemplo, era considerado el autor de la forma escrita de Moisés y por consiguiente, se suponía digno de recibir revelaciones y escribirlas. Como la Biblia pone que Esdras trajo la ley desde Babilonia, se suponía que él fue quien redujo a escritura las tradiciones orales recibidas de boca del Señor por Moisés en el Sinaí. Tradiciones orales que Esdras, naturalmente, se sabía de memoria. Sobreviven, entonces, hasta hoy 3-4 libros que habrían existido en la época del Nuevo Testamento, atribuidos a Esdras.

Este tipo de literatura, cuyo autor esconde su propia identidad y presenta el libro como escrito por un personaje famosísimo del pasado y por revelación divina, se conoce como literatura seudoepigráfica. Y los autores del Nuevo Testamento demuestran a veces conocer esas obras seudoepigráficas judías, y darles suficiente crédito como para basar en las revelaciones de esos libros algunas de sus afirmaciones. Son afirmaciones que nos resultan un tanto enigmáticas a los cristianos

posteriores, porque está claro que su antecedente **no es el Antiguo Testamento**.

Llegamos así a la idea de que, para quien tiene el Espíritu de Cristo, **toda obra escrita** puede infundir aliento divino. No solamente el canon, no solamente los libros reconocidos universalmente como Biblia Hebrea o Antiguo Testamento, sino **toda obra escrita** puede tener este valor.

Esto no dista mucho de cómo funcionan para nosotros otras autoridades escritas, aparte de la Biblia. No nos provoca ninguna vergüenza, ni nos parece ilegítimo en absoluto, leer otros autores que no solamente la Biblia y derivar inspiración también de esos otros libros, para nuestras ideas y para nuestra predicación. Quien es espiritual puede leer el diario cada mañana y puede leer libros por todo tipo de autor, creyente o no, cristiano o budista o ateo, y sacar de ellos —gracias a la iluminación interior del Espíritu Santo en nuestros corazones— ideas y conceptos que ayudan a conformar cómo pensamos y cómo entendemos la realidad.

Si nuestros oyentes nos escuchan con discernimiento, se darán cuenta cuándo las ideas que predicamos son estrictamente bíblicas, y cuándo vienen suplementadas por otros autores. Todos vosotros, por ejemplo, os dais cuenta perfectamente que una parte importante de lo que estoy diciendo aquí no lo he sacado de la Biblia. Y sabéis perfectamente que por eso mismo, aunque al final mis conclusiones puedan ser edificantes y útiles para la vida cristiana —y aunque yo esté persuadido de que en todo esto me ha estado guiando el Espíritu Santo— sin embargo la autoridad de estos otros conceptos es diferente de la autoridad que atribuimos a la Biblia. Una cosa no quita la otra: Estos otros libros que he leído pueden servir para instruir, corregir y

dar orientación y prepararnos para tratar al prójimo como Dios manda —siempre que nos dejemos guiar por el Espíritu Santo—, pero estos otros libros no tienen por qué pasar a ser parte de la colección de libros que conforman nuestra Biblia.

Cuando leemos en 2 Pedro que Jesús entre su crucifixión y resurrección estuvo predicando a las almas atrapadas en el Tártaro desde los tiempos de Noé, no le damos exactamente el mismo peso a estas ideas, que vienen de diferentes escritos judíos y griegos, que el peso que damos a otros conceptos del propio Pedro, que sí vienen respaldados por el Antiguo Testamento o por las palabras de Jesús en los evangelios. No hizo mal Pedro al echar mano a escritos apócrifos que a él le parecieron edificantes y que podían explicar algunos misterios. Con el paso de los siglos y desde otra civilización posterior, nosotros hoy día tal vez consideremos que los escritos de Enoc resultan ser especulaciones baladíes, de poca monta. Pero hay que reconocer que para su propio tiempo y en su propia civilización, el autor de 2 Pedro —guiado por el Espíritu Santo— no tenía por qué privarse de la edificación que le parecía que los escritos atribuidos a Enoc le brindaban.

Así también, nosotros debemos sentirnos libres de entender espiritualmente —dejándonos guiar por el Espíritu Santo— otros libros y otras fuentes de información, que ayudarán a situar nuestro pensamiento y nuestra predicación dentro de nuestra propia era y nuestra propia civilización, para que sea perfectamente útil y eficaz para comunicar a nuestros contemporáneos el maravilloso proyecto de Dios, de reconciliar consigo mismo todas las cosas y todas las gentes de la humanidad.

Este es nuestro cometido. Anunciar el proyecto de Dios para la humanidad, en los términos que sean comprensibles para nuestros contemporáneos.

Si nos negamos a hacer esto, aferrándonos rigurosamente a posiciones pretendidamente literalistas en relación con la Biblia, en ningún caso estaríamos haciendo otra cosa que citar nosotros también otras fuentes de información. Lo que pasa es que en lugar de basarnos en lo mejor de los conocimientos disponibles hoy día, nos estaríamos ciñendo a las interpretaciones que hacían los predicadores de hace 2-3 generaciones, o hace 2-3 siglos. Un auténtico literalismo bíblico —si es que fuese posible— tendría que compenetrarse tanto con la mentalidad y el idioma de aquella otra civilización, de hace miles de años, que nuestros contemporáneos la hallarían incomprensible y por consiguiente, inútil.

Los escritos bíblicos, sin embargo, encajan a la perfección en su propio mundo. Es maravilloso observar cómo los autores de la Biblia toman como punto de partida para su discurso, lo que sus contemporáneos creían saber acerca de los dioses, acerca del mundo material y la historia de la humanidad. Lo toman como punto de partida, para desarrollar otras ideas que serán originales y transformadoras.

Por último, tenemos el concepto de canonicidad de los textos. La idea de una regla o un listado de textos inspirados por los dioses, y que constituyen el fundamento indispensable y esencial para la cultura y la nación, tenía un hondo arraigo en el mundo helénico —en el que venían participando plenamente los judíos desde el siglo IV a.C.

Homero —la Ilíada y la Odisea— era tan fundacional para el mundo griego, que era la referencia obligada para casi

cualquier afirmación, de cualquier índole, que se quisiera hacer. Los versos de Homero eran considerados nada menos que sobrenaturales; sus conceptos indispensables. No se podía ser auténticamente griego sin conocer a Homero y citar a Homero.

Los sabios escribas hebreos consideraron que Moisés venía a ser el Homero de los hebreos. Y más allá del propio Moisés (como pretendido autor material de la Torá), la función que fue adquiriendo la colección de 24 libros de la Biblia Hebrea se entendía canónica, como eran canónicos o reglamentarios para los griegos la Ilíada y la Odisea. Esta colección llegó entonces a considerarse la referencia obligada para el pensamiento judío, así como Homero era la referencia obligada para el pensamiento helénico. Todo lo demás era periférico y secundario; la esencia del mundo judío venía encerrado en estos veinticuatro escritos: Los cinco rollos de la Instrucción; los cuatro rollos de Profetas Anteriores; los cuatro rollos de Profetas posteriores; y los once rollos de las demás Escrituras.

La reverencia que sentían los griegos por Homero fue contestada, entonces, con igual reverencia de los judíos por su propia colección literaria nacional[3].

En esto, paradójicamente, los judíos demostraron hasta qué punto se habían integrado al mundo griego. La identidad judía se planteaba como esencialmente diferente a la identidad helénica. Y sin embargo, para reafirmar esa identidad

[3] Homero aportaba al mundo helenista una cimentación histórica en la Guerra de Troya, que habría unido a los griegos bajo la protección de los dioses del Olimpo. La Biblia Hebrea aportaba a los judíos igual cimentación histórica en la migración de los patriarcas, el éxodo de esclavos egipcios y la dinastía del rey David, bajo la protección del SEÑOR Dios de Israel.

diferenciada, echaron mano a un canon de Escrituras Sagradas, con que pudieran contestar el valor incomparable en que el mundo helénico tenía a Homero.

Este mismo concepto de canon (= regla) de libros comúnmente reconocidos como fundacionales para el pensamiento de la comunidad, fue adoptado también por la comunidad cristiana:

1. En primer lugar, ante el cuestionamiento de la raigambre judía del cristianismo que ocurrió el siglo II, la iglesia cristiana se reafirmó en reconocer exactamente la misma colección que venía siendo reconocida por los rabinos judíos.
2. Y frente al impulso de evolución rapidísima que empezó a sufrir el cristianismo gracias a su implantación entre otras gentes que el pueblo judío, la iglesia estableció también su «regla» o canon de escritos fundacionales cristianos.

El criterio, que se tildó de selección de escrituras apostólicas pero en realidad fue bastante más complejo y meditado, dio prioridad a aquellos escritos que evidenciaban una conexión clara con la persona humana de Jesús.

Entraron las cartas de Santiago y 1 Pedro. En ambos casos, la continuidad con la predicación de Jesús es notabilísima. Pero también entraron las cartas de Pablo y algunas seudopaulinas, 2 Pedro, Judas, las tres de Juan y Hebreos.

Por si acaso esas cartas nos alejaban demasiado de Jesús y su predicación y enseñanza, decidieron anclarlas con los cuatro evangelios y Hechos, que aunque redactados bastante más tarde que las más antiguas de aquellas cartas, impulsaban sin embargo el recuerdo del Jesús de carne y hueso.

Y remataron la colección con el Apocalipsis de Juan, que ofrecía una segunda opinión acerca de la relación entre el movimiento y el Imperio Romano, tachado aquí de bestial y monstruoso, la Gran Prostituta, Babilonia. El acercamiento con el mundo grecorromano tenía sus límites, y no convenía olvidar a las órdenes de quién actuaban los que crucificaron a Jesús.

No fue universal —por lo menos no al principio— la aceptación de esta colección. La autoría apostólica de varios de los escritos fue siempre muy dudosa. Y había otros escritos, como el Apocalipsis de Pedro o la carta de Bernabé, que bien podían parecer tener méritos apostólicos. La Didaqué conservaba citas extensas de Jesús. Pero estos escritos rechazados —«El pastor de Hermas» es otro que viene a la memoria— y otros muchos de la iglesia primitiva, manifestaban una clara evolución que los distanciaba demasiado de la persona histórica de Jesús, su pensamiento y su enseñanza. Eran escritos claramente cristianos. Eran valorados como francamente importantes. Pero no eran esenciales. Y muy en particular, nos alejaban demasiado del mundo judío de galileos y jerosolimitanos donde se desenvolvió Jesús.

La noción de canon, o regla que designa una colección determinada de textos esenciales, procedía entonces de la cultura helénica, por intermediación del mundo judío. Y aunque los pensadores cristianos siempre hemos dado por supuesto que la redacción de estos escritos obedecía a un impulso del Espíritu Santo, los conceptos de canonicidad e inspiración no deben entenderse como idénticos. Desde luego, las visiones del «Pastor de Hermas» fueron consideradas como inspiradas, así como las sentencias de la Didaqué. Y acabamos

de explicar que el texto clave de 2 Timoteo 3,16-17 no pretende limitar el concepto de inspiración a unos pocos textos selectos. Es, al contrario, un reconocimiento de que para quien es espiritual, toda obra escrita puede despertar en él o ella reflexiones espirituales.

Entre tanto, el concepto de canon —los límites exactos de la colección que constituye nuestra Santa Biblia cristiana— sí tiene un efecto delimitador. Adopta la colección de 22 rollos del canon hebreo en continuidad con la comunidad judía. Y para la documentación producida en las primeras generaciones después de Cristo, tiene un criterio insoslayable: Para entrar en la «regla» de libros esenciales y fundacionales cristianos, tenía que existir una continuidad muy próxima con la persona humana de Jesús, un mínimo de adaptación a situaciones misioneras posteriores.

Esa adaptación a situaciones misioneras, ese diálogo con otras culturas, ha sido esencial también y sigue siendo el desafío que tenemos por delante en el siglo XXI. El producto será en muchos casos realmente inspirado; será muy visible la impronta del Espíritu Santo. Pero en ningún caso se plantea nadie añadir esas obras posteriores a la Biblia, porque es imposible que nos acerquen más al hombre Jesús —cuando esa proximidad a Jesús fuer el criterio de admisión al canon cristiano.

Llegados hasta aquí, toca hacer un resumen a manera de conclusión.

1. Para empezar, hacen falta unas condiciones indispensables para edificar a los creyentes en el camino del Señor:

a. Primero, es necesario tener un encuentro con Jesús y reconocer en Jesús la aurora del reinado o gobierno de Dios sobre la humanidad.
b. Segundo, es necesaria la infusión del aliento de santidad, ese soplo del que es santo, que todo lo santifica y que abre la mente y el corazón para comprender lo que es esencial en la vida.
c. Y tercero, con la mente y el corazón renovados, cualquier documento escrito puede ser útil para la edificación necesaria, para la instrucción para capacitarnos para toda buena obra.

2. Este es el objetivo, las buenas obras de vidas que reflejan los valores humanos que nos enseñó Jesús. Es así como concluye el texto de 2 Timoteo 3,16-17, que hemos tomado como punto de partida para esta charla:

> *Toda obra escrita infunde aliento divino y es útil para instruir, para amonestar, para enderezar, como escuela de lo que es justo, con la finalidad de que la persona entregada a Dios esté preparada para emprender cualquier acción benéfica.*

Esta es nuestra vocación como cristianos. Las buenas obras que agradan a Dios y bendicen al prójimo.

2

El «antiguo testamento» del Antiguo Testamento[1]

Una reflexión sobre la antigüedad de la Biblia

El Antiguo Testamento es una colección de documentos de una era del pasado remoto. ¡Muy remoto! Observo que es muy frecuente —casi diría que habitual— que los creyentes cristianos carezcan de una idea cabal de la distancia en el tiempo que nos separa de los autores bíblicos.

Los documentos bíblicos, como es natural, reflejan muchas de las presuposiciones culturales de su entorno de origen.

A nosotros nos pasa lo mismo con respecto a nuestro propio tiempo. Aunque procurásemos la pretendida neutralidad de una perspectiva «eterna» al hablar sobre Dios y la espiritualidad cristiana, es casi inevitable mencionar sin darnos cuenta cosas como la radio y televisión o la idea de que no sólo es materialmente posible sino habitual y natural, sacar un artilugio del bolsillo y ponernos a conversar con alguien que está en otro lugar, otra ciudad, tal vez otro continente.

---

[1] Diálogo propuesto el 18 de junio de 2016 para el Instituto de Pastores menonitas en Bragado (Buenos Aires). Basado en mis apuntes para la clase de Introducción al Antiguo Testamento en la Facultad de Teología SEUT (Madrid).

Naturalmente, quien pudiera leer estas cosas hace dos o tres mil años, nos tacharía de ridículamente supersticiosos y primitivos —por dejarnos engañar tan cómicamente. Se sentirían infinitamente superiores a nosotros, que pensamos que es posible ir a la luna, plantar el pie en ella, y volver a la tierra. (Cuando cualquiera sabe que la Luna es la diosa de la noche, un ser que es todo luz y espíritu inmaterial.)

No es lo mismo Israel, que las naciones en medio de las que vivió. Pero desde luego compartió muchísimas más presuposiciones con ellos que con nosotros acerca de la vida, acerca de lo que es verdad y lo que es, en cambio, pura fantasía inaceptable.

Nosotros —toda esta generación, creyentes o no— partimos de una presuposición francamente insultante, de superioridad en cuanto a conocimientos, ciencia, sabiduría, valores políticos, sociales y morales… con respecto a cualquier generación anterior de la humanidad. Especialmente los que vivieron hace miles de años, que suponemos «primitivos».

Sin embargo, como queremos creer a rajatabla lo que pone la Biblia, atribuimos a sus autores exactamente las mismas ideas que las que tenemos nosotros. Transformamos tan radicalmente el sentido de sus palabras, que ellos mismos ya no se reconocerían en lo que nosotros decimos que ellos quisieron decir.

Hace aproximadamente dos siglos se empezó a descifrar documentos hallados en excavaciones arqueológicas de civilizaciones antiguas. Desde entonces se vienen observando semejanzas —aunque también diferencias, naturalmente— entre aquella literatura de las naciones anteriores que Israel, y el pensamiento reflejado en la Biblia.

Los autores bíblicos, como todo autor humano, construyeron sobre el legado de lo que recibieron de las generaciones anteriores a ellos. Transformaron muchas cosas, por su experiencia de fe y vivencia con el Dios de Israel. Pero en otras muchas cosas sencillamente repitieron conceptos antiguos, a veces antiquísimos, que eran de común conocimiento entre sus contemporáneos. Cosas que nosotros, sin embargo, jamás podríamos aceptar sin dejar de ser personas del siglo XXI d.C.

La forma mitológica de razonar

Los mitos han sido desde la antigüedad una forma natural de razonar. En este sentido un mito no es lo mismo que una falsedad, aunque hoy día la palabra «mito» se emplea como sinónimo de «mentira». El impulso que dio lugar a los mitos de la antigüedad —el impulso por hallar explicación a los fenómenos que nos afectan— es el mismo que en los últimos siglos ha dado lugar a los avances de la ciencia y la tecnología. A nosotros nos parecen más persuasivas las explicaciones científicas; pero durante miles de años, los mitos explicaron de manera satisfactoria las vidas de incontables generaciones de seres humanos.

La ventaja pero también la limitación de la forma mitológica de razonar, es que es intensamente metafórica. Lo expresa todo por analogías, rehuyendo abstracciones mentales que vayan más allá de la experiencia común de los seres humanos. Los fenómenos de la naturaleza y las experiencias vitales del ser humano se explican recurriendo a narraciones sobre dioses, donde éstos interactúan entre ellos y con nosotros, con conductas y motivaciones que podemos reconocer por nuestra experiencia social humana.

Reducido a un ejemplo crudo, si no llueve y por tanto no obtengo una cosecha este año, será que he desagradado al dios de la lluvia, que estando enfadado conmigo, me castiga con sequía. Esas motivaciones humanas —el enfado, el resentimiento, el castigar negándose a dar lo que está en su poder dar— son todas motivaciones perfectamente comprensibles desde nuestra experiencia de la vida en familia y en sociedad humana.

Hoy diríamos que dista mucho de capacidad de explicación, en comparación con meteorología científica moderna. Pero mientras no se tuvo conocimientos meteorológicos más o menos exactos, los fenómenos del tiempo fueron absolutamente inexplicables.

Supongo que se podría adoptar una especie de fatalismo donde no llueve porque no llueve porque no llueve, sin más. Pero el ser humano prefiere inventarse una explicación equivocada, que quedarse sin explicación. La idea de un dios iracundo y resentido no es en absoluto bonita, pero al menos ofrece la esperanza de que aplacando sus iras, tal vez el año que viene me mande lluvia. Esperanzas falsas, como hoy sabemos. Pero es que sin esperanza (aunque equivocada), la vida humana se hunde en desespero... y deja de interesar sembrar los campos.

Seguramente siempre hubo, incluso en la antigüedad más remota, filósofos que sabían que estas analogías o metáforas con los sentimientos y las motivaciones y conductas humanas, eran pura especulación con la que cubrir un enorme vacío de conocimiento. Otros muchos probablemente sabían que los mitos no eran exactos —lo que se dice exactos— pero les seguía pareciendo una manera práctica de explicarse la

vida. Luego habría los que sencillamente aceptaban literalmente los mitos a rajatabla, sin razonar más allá.

Y aunque hoy día nuestra mente ya no suele discurrir mitológicamente, sin embargo los cristianos no dudamos de dar gracias a Dios por la lluvia oportuna y la mies abundante.

La creación del ser humano

De los sumerios —¡miles de años antes de la aparición de los hebreos!— tenemos un relato interesantísimo que relata cómo Enki, la madre de todos los dioses, creó al ser humano moldeándolo del barro.

Más interesante me resulta este otro relato de los sumerios, que nos ayuda a entender el detalle curioso de que el autor de Génesis cuenta que Eva fue creada de una costilla de Adán. ¿Por qué no valerse de cualquier otro órgano para crear la mujer, cuyo nombre hebreo, Jahuá (Eva), viene a significar, según la Biblia, «la que da vida»?

En un poema sumerio, Enki, diosa del agua y de la sabiduría, después de crear el paraíso (gracias al riego con agua dulce, como corresponde en la Mesopotamia sumeria), prueba algunos de sus frutos prohibidos (lo cual nos recuerda otro pasaje de Génesis) y Ninhursag, la diosa de la tierra, la maldice de muerte. Después Ninhursag desaparece (aparentemente, para no caer en la tentación de arrepentirse y quitarle la maldición). La salud de Enki empieza a fallar: ocho órganos enferman. Enlil, el dios del cielo, por fin intercede ante la diosa madre para que sane a la diosa del agua que se está muriendo. Ella la sienta junto a su vulva y crea ocho dioses curadores que sanan cada uno de sus órganos enfermos, y así Enki recupera la vida y la salud.

Uno de los órganos enfermos de Enki era la *ti*, la costilla. Para curar la *ti*, la costilla, la diosa madre ha creado la diosa sumeria Nin-ti, «la Señora de la costilla». Pero en sumerio la misma palabra *ti* significa «dar vida». Entonces el mismo nombre, Nin-ti, significa «la Señora de la costilla» pero también «la Señora que da vida». Las palabras homónimas (igual pronunciación, diferente significado) son intraducibles como tal fenómeno de significado ambiguo o doble. En hebreo, la mujer que sale de la costilla de Adán —por consiguiente «la señora de la costilla»— se llama Jahuá, Eva, «la señora que da vida». ¡Igual que en la historia de los sumerios, miles de años antes! Pero ni en hebreo ni en castellano nos íbamos a enterar, porque ese significado doble no existe en nuestras lenguas[2].

Lo que está claro es que el autor de este relato en Génesis, seguramente sin conocer ni una palabra de sumerio, está echando mano a una historia que le llegaba desde otra civilización miles de años anterior a la suya.

Sacrificios: matar personas y animales como acto litúrgico

Hoy nos produce cierta sensación de escándalo y sofoco la idea de que a Dios le pueda interesar robarnos comida de nuestras bocas y de las de nuestros hijos. Esto es, en efecto, lo que vienen a suponer los holocaustos, donde se tomaba un cordero o novillo u otro animal perfectamente apto para consumo humano, y se quemaba en un altar. En general, las

---

[2] Samuel Noah Kramer, *The Sumerians: Their History, Culture and Character* (Chicago: University of Chicago Press: 2ª ed. 2010)., posiciones 1904ss en lector Kindle.

diversas ofrendas, sacrificios y diezmos que se presentaban al Señor, constituían alimentos de los que los ofrendantes se privaban.

¿Qué necesidad tiene de alimentos humanos Dios, como para quitárselo de la boca a sus adoradores?

Pero si nos produce sensación de escándalo y sofoco esa idea, cuánto más la de que a Dios le agrade que le sacrifiquemos vidas humanas en el altar —y muy en particular, nuestros hijos; el primer bebé de cada familia, por ejemplo— a fin de obtener protección de sus iras divinas para el resto de la familia o de la sociedad.

La presencia del concepto de sacrificios en el Antiguo Testamento se explica perfectamente, sin embargo, cuando situamos estos escritos no en nuestros propios tiempos sino en los suyos, en medio de un mundo donde sacrificar a los dioses era perfectamente normal y corriente. Era normal y corriente porque aquellos dioses adorados en aquellos tiempos, sí disfrutaban del alimento humano y lo necesitaban. Y como ningún alimento era tan valioso como la carne, era la carne su alimento preferido.

Ahora bien, si cualquier pagano era capaz de matar a sus hijos para su dios —o robarles alimento para dárselo a los dioses—, ¿cómo no iba a ser capaz de lo mismo un adorador del Dios único y verdadero? En la legislación ritual del Antiguo Testamento no es que el Señor de Israel realmente comiese esos alimentos; pero al quemarlos subía hasta él un «aroma agradable», capaz de aplacar sus iras y obtener su perdón o su favor. Y por cierto, el Dios de la Biblia no exigía sacrificios humanos, porque en sustitución del primer bebé de cada familia, aceptaba que se le ofreciera un cordero.

Una vez más, es inevitable la reflexión de que para entender nuestro Antiguo Testamento, hace falta compenetrarse con el «antiguo testamento» del Antiguo Testamento: ese cúmulo de ideas y conocimientos y mitos que se consideraban normales y corrientes en el mundo y los tiempos desde donde nos ha llegado.

→ El Antiguo Testamento no es que eleve esos conceptos al rango de revelación divina; lo que hace es empezar por repetir conceptos conocidos, a fin de con el tiempo revelar otras cosas muy nuevas y diferentes.

«Cuerpos» de Dios en el Antiguo Testamento

La idea de que Dios pudiera tener uno o más cuerpos nos resulta chocante y extraña. Estamos forjados aunque sin saberlo, con conceptos platónicos donde el hecho de que Dios es Espíritu, resulta incompatible con su corporalidad. Claro, que con esos conceptos siempre ha chocado la declaración medular del evangelio, de que Dios en efecto sí se hizo carne en su Hijo, Jesús.

Pero para el mundo donde hizo su aparición el Antiguo Testamento, la idea de que Dios pudiera corporizarse no producía ningún escándalo intelectual. Y por consiguiente, tenemos en los relatos bíblicos diversos episodios donde Dios se materializa y toma forma (normalmente humana), interactuando con las personas de tú a tú con total naturalidad.

En el mundo del Antiguo Testamento, los dioses no sólo se materializaban, sino que podían hacerlo simultáneamente en diferentes lugares y con atributos no siempre idénticos.

En principio se materializaban en los ídolos, que en el momento de su consagración hacían presente al dios de una manera real y no figurada. Baal, materializado en un ídolo diferente en distintas ciudades, podía hacer la guerra a favor de cada una de ellas contra las demás, por cuanto su materialización en el ídolo del lugar tenía una lógica preferencia por ese lugar y sus gentes. La idea de que entonces Baal luchaba contra Baal no provocaba ningún escándalo intelectual, por cuanto ningún ídolo era exactamente lo mismo que la totalidad de Baal, que a la vez que materializado en sus ídolos, sin embargo seguía viviendo en el cielo.

El ángel del Señor figura en muchos casos como una presencia corporal del propio Señor. No es lo mismo que la totalidad del Señor, que reside en el cielo y está en todas partes; pero sin embargo es el Señor hecho presente materialmente en este lugar y ocasión. Por eso el ángel del Señor es en muchos textos algo diferente que el propio Señor. Pero en otros textos —a veces entre un versículo y el siguiente— acaba siendo lo mismo, por cuanto lo que dice, es normalmente en primera persona del singular. Ese «Yo» que enuncia el ángel, es en realidad el propio Señor. Y si leemos con atención al detalle el episodio de Gn 18, veremos al Señor materializado no en un cuerpo sino en tres a la vez; los tres en el mismo lugar, aunque hablando como una misma persona con Abraham.

La sorpresa que esto nos puede producir a nosotros no se sentía en aquel mundo de entonces, sin embargo, por cuanto tenían otros muchos ejemplos conocidos, donde todos los dioses podían materializarse de estas maneras y muchas otras.

¿Hace falta, entonces, que nosotros retrocedamos mentalmente en el tiempo y aceptemos como válidos todos aquellos conceptos heredados del paganismo cananeo?

Tal vez.

→ Pero en ese caso añadiríamos un escollo tan inmenso a la tarea evangelizadora, que habría que replantearse si no sería mejor el camino contrario. El de expresar el evangelio en términos que nuestros propios contemporáneos comprenderían, echando mano de conceptos comúnmente aceptados por nuestro entorno y nuestro mundo. Porque a fin de cuentas, esto mismo es lo que hicieron los autores del Antiguo Testamento.

Dos diferencias sustanciales y esenciales

Pero los autores del Antiguo Testamento no se limitaron a repetir como loros el vocabulario y los conceptos que tenían a mano en su mundo... Lo que hicieron fue valerse de ello para enseñar un conjunto total de creencias que fueron diferentes y únicas en el mundo de la antigüedad.

Es como cuando siempre que hablamos, empleamos las mismas palabras y frecuentemente las mismas frases hechas que todo el mundo —y sin embargo podemos decir cosas nuevas. Cosas nunca antes dichas, cosas única y maravillosamente «nuestras».

Yo me aventuraría a sugerir las siguientes diferencias como sustanciales y esenciales:

1. El Señor Dios de Israel es un Dios diferente de los de todas las naciones alrededor, porque ordena una sociedad diferente. Donde todos los reyes de la tierra eran siempre hijos adoptivos de los dioses, Israel debía

ser una sociedad de hermanos, que recordaban su descendencia todos por igual de unos pobres esclavos de Faraón en Egipto. Es esencial aquí la figura del «redentor» —en primera instancia un pariente próximo pero si no había otro, cualquier miembro de su clan— cuyo deber era redimir de la esclavitud al hebreo venido a menos y redimir sus tierras, para que cuanto antes —sin esperar a ese máximo de seis años de esclavitud— pueda volver a ocupar su lugar en la sociedad como persona libre.

La Ley divina en Deuteronomio indica que si algún día Israel fuera a querer tener un rey humano —que no solamente Dios, lo cual era el ideal perfecto— entonces el rey debía ser «un hermano» entre sus semejantes, no enseñorearse sobre ellos ni considerarse superior. Y en lugar de legislar él a capricho, el rey debía hacerse él mismo su propia copia de la Ley del Señor, para leerla y meditarla todos los días.

Las historias contadas acerca de los antepasados hacían especial mención de hijos menores, en un mundo donde el mayor tendía a heredar el patrimonio familiar junto con la primogenitura. Esto incidía en esa actitud sorprendentemente moderna, de que nadie es más que otro por haber nacido primero. (Ni por haber nacido de mejor familia.)

El Señor de Israel instruía, en síntesis, una sociedad de igualdad, solidaridad y especial atención a los más desafortunados: los inmigrantes, los huérfanos y las viudas, los esclavizados y oprimidos por deudas imposibles de pagar.

2. El Señor Dios del Antiguo Testamento es un Dios diferente porque se hace presente mucho más típicamente por su Palabra que por apariciones sobrenaturales. Ya hemos visto que podía perfectamente aparecerse o enviar sus ángeles. Pero en el templo de Jerusalén no había ningún ídolo. Y la forma habitual como los israelitas conocían a Dios, era por las palabras de la Instrucción que habían recibido de él, por las historias que contaban acerca de sus antepasados, por los salmos que cantaban.

   Y cuando hablaban los profetas. Sí, todos los reyes de aquel entonces se rodeaban de profetas que les contaban lo que querían escuchar. Pero en Israel el profeta más admirado, el más recordado como auténtico y legítimo, era el profeta incómodo. El profeta que soltaba las verdades sin miedo —o con miedo, pero igual las soltaba— sentasen como sentasen al rey y a sus secuaces incondicionales.

   Esta convicción de que las palabras importan, que tienen un poder transformador sobre el oyente y sobre quien las pronuncia, es también asombrosamente moderna. No era un culto cerebral, tan sólo de ideas —por cuanto las palabras de fe y confianza pueden tocarnos hasta la fibra más íntima y hacernos llorar de esperanza y de amor a Dios—. Los israelitas descubrieron que era más eficaz la Palabra que los ídolos, para acercarnos a Aquel que da sentido a nuestra existencia humana.

La importancia del período de dominio persa

Recuerdo la primera vez que leí el Antiguo Testamento entero, hace más de cuarenta años. Cuando llegué a 2 Reyes 17,

se me saltaban las lágrimas de los ojos. Comprendía con claridad meridiana la magnitud de la tragedia encerrada en la historia que arrancaba ya desde el libro de Éxodo y venía a culminar aquí (y hasta el final de 2 Reyes). Final trágico, con un Dios desesperado al que ya no le quedaba otra alternativa que cumplir sus amenazas y desentenderse de su proyecto de siglos por forjar una nación diferente de todas las de su entorno —capaz de vivir conforme a su divina Instrucción—.

Leyendo a veces entre líneas —pero las más de las veces leyendo sencillamente lo que ponía el texto bíblico— se entendía que en Israel jamás se había impuesto clara y mayoritariamente el culto al Señor de Israel. Que en Israel, la versión que proclamaban los profetas había sido siempre una opinión minoritaria, frecuentemente perseguida, normalmente incomprendida e incomprensible para sus contemporáneos.

Pero después podemos ver una situación absoluta y revolucionariamente diferente, durante el período de supremacía persa.

Cuando la generación que volvió del exilio babilónico para reconstruir Jerusalén y el templo, ya nadie se acordaba de los antiguos dioses de Canaán. Ni tampoco les importaban los dioses de los persas, de los que se podían burlar por ejemplo en el libro de Daniel. El culto a dioses paganos ya no tentaba a los judíos. Depurados por la experiencia del exilio babilónico, sólo conservaron su identidad como judíos aquellos que se reconfirmaron en su fe exclusiva y celosa en su Dios único, el Señor de Israel.

En escritos como Esdras y Nehemías, los últimos treinta capítulos de Isaías, Zacarías, Malaquías... podían seguir existiendo conflictos entre los judíos, versiones diferentes de la realidad. ¡Pero lo que ya nadie podía defender con seriedad, era

que hubiese que abandonar al Señor de Israel y ponerse a adorar estatuas de madera y de piedra!

El período de dominio persa, entonces, cuando Jerusalén y la región inmediatamente contigua eran una pequeña provincia sin importancia del imperio, es donde hemos de hallar las raíces de las actitudes y enseñanzas y convicciones y fe del Antiguo Testamento. Que yo sepa, nadie pone en duda que muchos de los escritos del Antiguo Testamento contienen material antiguo —tal vez de varios siglos antes que el período persa. Pero en general es durante el período persa (y posterior) que el Antiguo Testamento tomará forma final como testimonio de esa fe nueva, esa realidad nueva, que es todo Israel volcado unánimemente en seguir los preceptos de su Señor.

¿De dónde les vino por fin esta claridad de convencimiento?

Seguramente de su experiencia de encuentro con Dios precisamente en su hundimiento nacional, en la debilidad de no contar ya ni con un país ni con sus propios reyes. Al final iba a ser que Dios no se había encerrado entre las cuatro paredes de un templo de piedra, sino que estaba dispuesto a acompañarlos en el destierro y el exilio. Que allí los consolaba maternalmente mientras lloraban a sus muertos y padecían toda suerte de estrecheces y dificultades y opresión.

→ El culto al Señor de Israel —en exclusividad absoluta— es la respuesta de un pueblo que en su hora de mayor tragedia y dificultad, halló que Dios no estaba enfadado para siempre, sino que los seguía amando y consolando y volvía a despertar en ellos la esperanza.

El Antiguo Testamento como invitación a la innovación religiosa

- En la tradición cristiana, siguiendo el ejemplo de Jesús, los autores del Nuevo Testamento se atreven a la innovación, a ideas y convicciones nuevas. Convencidos de que en Jesús, Dios mismo había inaugurado una nueva era y estaba haciendo algo nuevo, volvieron detalladamente sobre todo el testimonio del Antiguo Testamento.
- Y de estos textos tradicionales de su nación, reelaboraron una forma nueva de entender Quién es Dios y cómo actúa en la historia.
- Pero ahora hemos visto que el propio Antiguo Testamento ya había dado un impulso sin precedentes a la innovación en el pensamiento y las convicciones.

Partiendo de conceptos heredados de su «antiguo testamento» —el cúmulo de ideas, convicciones y mitos tradicionales desde hacía miles de años entre los pueblos semitas occidentales— se atrevieron a pensar pensamientos nuevos. Se atrevieron a ahondar en su historia nacional y descubrir en ella un hilo conductor: El Señor Dios de Israel los había escogido y llamado cuando sus antepasados más remotos no eran más que inmigrantes iraquíes entre los palestinos y egipcios, para magnificar con ellos su propio Nombre entre las naciones.

Este Dios no era solamente un dios personal de una familia. Era el Creador del universo entero, quien gobierna el destino de toda la humanidad, victorioso sobre los dioses de Egipto y de Canaán, de Babilonia y de Persia.

Y su Gloria llena la tierra como las aguas cubren la mar.

- La única manera de mantenernos fieles al impulso que dio lugar a la creación del Antiguo Testamento, es entonces atrevernos nosotros también, en nuestra propia generación, a imaginar cosas nuevas, soñar sueños nunca antes soñados, revitalizar nuestras convicciones y refundar nuestra fe.

Sólo se es fiel al Señor del Antiguo Testamento (y Padre de Jesucristo y Dios de los apóstoles), soltando amarras y explorando conceptos y palabras nuevas. Dejándonos inspirar en nuestros pensamientos y nuestras explicaciones por el Espíritu divino.

Hasta ser capaces de explicar en términos que nuestros contemporáneos puedan comprender, lo que significa hoy ser adoradores del Señor, Dios de Israel.

3

La Instrucción oral. Una dinámica de interpretación y expansión[1]

La Tanaj[2], colección sagrada de una comunidad hebrea viva

La Biblia Hebrea fue adoptada por los cristianos como una parte necesaria e imprescindible de nuestra Biblia cristiana. Esta adopción fue en sus inicios natural y no exigió ninguna decisión expresa. Pero en el siglo II se tornó meditada y razonada, ante el reto la herejía marcionita, que prefería deshacerse de influencias judías.

No por transformarse en Antiguo Testamento cristiano, sin embargo, dejó de ser la colección sagrada de una comunidad hebrea viva y pujante —el judaísmo rabínico— cuya forma particular de emplear la Tanaj culminaría hacia el año 500 de nuestra era, con el Talmud Babilónico.

---

[1] Diálogo propuesto el 18 de junio de 2016 para el Instituto de Pastores menonitas en Bragado (Buenos Aires); y el 9 de julio para el Grupo de Enlace de la Región Centro Sur de Comunidad Cristiana, en General Pico (La Pampa). Basado en mis apuntes para la clase de Introducción al Antiguo Testamento en la Facultad de Teología SEUT (Madrid).

[2] Título hebreo de la Biblia Hebrea, compuesto de iniciales que indican el Pentateuco, los Profetas, y las (demás) Escrituras sagradas.

Por cuanto en la historia de la Iglesia se tiende a ignorar todo lo que sucedía en los márgenes o fuera del marco de la Iglesia, suele sorprender a los cristianos la vitalidad y riqueza dinámica del judaísmo rabínico, cuyo auge coincide en el tiempo con los primeros siglos de la Iglesia. Mal que pese a los pensadores cristianos de los primeros siglos, el judaísmo no estaba «acabado» con su negación a aceptar a Jesús como Mesías de Israel. Al contrario, tenía por delante lo más interesante y creativo de su desarrollo como fe vital, capaz de generar esperanza, solaz y fuerza interior al pueblo judío durante miles de años de persecuciones por la crueldad de los cristianos.

El empleo de la Tanaj por el judaísmo rabínico merece nuestra atención, por cuanto esta misma colección —nuestro Antiguo Testamento— pudo valernos tan perfectamente a ambas comunidades. Enterarnos aunque sea superficialmente de cómo nuestro Antiguo Testamento fue empleado por el judaísmo, nos puede arrojar algo de luz sobre algunos aspectos de cómo fue empleado también por Jesús y los apóstoles. El empleo judío de la Tanaj se encontraba en continuidad con las costumbres de su pueblo en los últimos siglos antes de Cristo. Conocer esto nos ayudará a entender también algunos aspectos de la naturaleza de la Tanaj y cómo es que ésta tomó forma.

«Oísteis que fue dicho»

Jesús, en el Sermón de la Montaña (Mt 5-7), arranca sus comentarios sobre diferentes aspectos de la Instrucción de Moisés, con la afirmación: «Oísteis que fue dicho...».

Esto da lugar a algunas observaciones interesantes:

1. No dice, «Leísteis...» ni tampoco «Os ha sido leído...». Jesús identifica tradiciones orales, trasmitidas oralmente. Podría tratarse de personas que sabían leer y explicaban la Instrucción de Moisés al pueblo. Pero podría tratarse también de tradiciones no escritas que circulaban entre los judíos creyentes de su generación en Galilea.
2. Aunque es más o menos fácil identificar los textos de la Instrucción que comenta Jesús en estos capítulos de Mateo, las palabras que cita no son (no siempre) exactamente las mismas que las que hallamos en los textos escritos de la Torá. Esta segunda observación es consonante con la anterior: la Instrucción de Moisés estaba siendo trasmitida oralmente.

Dos ejemplos del Sermón del Monte, y los textos correspondientes en la Torá

Ya sabéis que se dijo a los antepasados: No mates; el que mate, será llevado a juicio (Mt 5,21)[3]

> *No matarás* (Éx 20,13).
>
> *El que hiere a alguien y le causa la muerte, deberá morir también él* (Éx 21,12).
>
> *El que hiera mortalmente a cualquier persona, será castigado con la muerte* (Lv 24,17).

Igualmente sabéis que se dijo a nuestros antepasados: No jures en falso, sino cumple lo que prometiste al Señor con juramento (Mt 5,33).

[3] Traducciones propias (DB).

> *Si alguien hace una promesa al Señor o se impone con juramento una obligación a sí mismo, no quebrantará su palabra, sino que cumplirá aquello a lo que se comprometió* (Nm 30,3).
>
> *Si le haces una promesa al Señor tu Dios, no tardes en cumplirla, porque ten por seguro que el Señor tu Dios te pedirá cuentas de ella; y si no la cumples cargarás con un pecado* (Dt 24,22).

Al concluir el Sermón de la Montaña (final de Mateo 7), se recoge el comentario de la sorpresa del pueblo ante la enseñanza de Jesús, por cuanto él les enseñaba como quien tiene autoridad (propia), algo diferente de cómo les instruían los escribas. Esto nos invita a pensar que los escribas no solían dar como suyas propias las interpretaciones que hacían de la Torá, sino que se aseguraban de indicar que lo que trasmitían ahora, ellos primero lo habían recibido de buena fuente.

3. Entre los escribas de la generación de Jesús, parecería ser entonces, no se valoraba la originalidad sino la fidelidad estricta a la tradición recibida. La tradición oral debía poder suponerse tan fiel a la Instrucción original, como lo sería un documento escrito.

La Instrucción escrita y la Instrucción oral

Tenemos así la circunstancia curiosa de que la gran especialidad de los «escribas» que mencionan los evangelios, no era escribir ni conservar documentos escritos, sino trasmitir tradiciones orales.

Jacob Neusner lo explica de la siguiente manera, según se entiende la cuestión desde la perspectiva del judaísmo rabínico:

> *La «Torá escrita» es las Escrituras Hebreas de Israel en la antigüedad, a saber: La Torá (Génesis a Deuteronomio), los Profetas (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce), y los Escritos (Proverbios, Salmos, Job, Crónicas, los Cinco Rollos, etc.). La «Torá oral» o memorizada, que tan sólo conservó el judaísmo rabínico, fue trasmitida de maestro a discípulo: de Dios a Moisés, de Moisés a Aarón, de Aarón a Josué y así sucesivamente hasta que por fin se volcó por escrito en los documentos producidos por los sabios rabínicos de los primeros siglos de la Era Común. Estas compilaciones sostienen preservar lo que fue aquella tradición originalmente oral.*[4]

El resultado se parece mucho a la «sucesión apostólica»[5] que sostiene la Iglesia Católica, donde los obispos de hoy serían los sucesores de los apóstoles por línea directa, y han heredado por consiguiente la autoridad apostólica.

También es necesario aclarar que el material que traen los escritos rabínicos, es interpretaciones de la Torá escrita (nuestro Antiguo Testamento).

---

[4] Jacob Neusner, *Questions and Answers: Intellectual Foundations of Judaism* (Peabody, Massachusetts: Hendrikson, 2005), p. 6.

[5] Según la doctrina católica de la sucesión apostólica, Jesús instruyó a los apóstoles, éstos a la primera generación de obispos, éstos a la segunda y así sucesivamente hasta el presente. Daniel Boyarin, *Border Lines: The Partition of Judaeo-Christianity* (Philadelphia: University of Pennsylvania, 2004), pp. 74-86 asemeja la autoridad de los rabinos a la de los obispos católicos.

Un ejemplo de aplicación de la Instrucción Oral en los evangelios

Los rabinos se tomaban muy seriamente la cuestión de los diferentes diezmos y ofrendas estipuladas por la Instrucción de Moisés. Los escritos rabínicos (la Torá oral) estipulan exactamente cómo y cuándo se debía apartar una parte del grano o del pan destinado a consumo judío. Pero no siempre era posible saber si la cadena de ofrendas se había respetado a lo largo de la trayectoria del grano que un judío iba a consumir en forma de pan. Había normas exactas para determinar si el pan era «dudoso» en cuanto a los diezmos.

Para diezmar alimentos cuyo diezmo es dudoso, se separa una centésima parte (la ofrenda mecida, el primer diezmo de los levitas) y se designa el resto del primer diezmo y del segundo diezmo (que se pagará después con dinero). Si se trata de pan, hay que separar un poquito más para incluir la ofrenda mecida correspondiente a la masa. Si no se ha pagado nada de diezmo, habrá que separar materialmente tres centésimas del pan, en lo que se incluye la ofrenda mecida principal (una cincuentésima parte) y la ofrenda mecida menor del primer diezmo (una centésima).

En los evangelios, las multitudes de cinco mil y cuatro mil varones que comieron milagrosamente de los cinco panes y siete panes, trataron ese alimento como dudoso. No tenían cómo saber si se había diezmado correctamente en su elaboración.

Por eso dejaron doce cestas y siete cestas de trozos (en griego: *klásmata*, «pedacitos»). Este detalle se incluye en cada una de las narraciones en los cuatro evangelios (Mt 14,20; 15,37; Mr 6,43; 8,8; Lc 9,17; Jn 6,12-13) y otra vez cuando Jesús

comenta esos milagros con sus discípulos en el barco (Mr 8,19-20 —aunque Mateo sólo pone «cestas» en Mt 16,10).

Lo más probable es que esos trozos constituían la ofrenda mecida que los comensales apartaron antes de comer los panes (1/100 de cada pan, o bien 3/100 si sospechaban que también había que apartar la ofrenda de la masa. Estas partes no se podían comer. Había que destruirlas si no había un sacerdote a mano. Los discípulos recogieron cuidadosamente esos trozos, ya sea para entregárselos a un sacerdote o bien para que nadie se lo acabara comiendo por descuido[6].

El rabino Saulo, discípulo de Gamaliel

Cuando primero conocemos a Pablo, en el libro de Hechos, es un joven enviado por su familia a estudiar Torá nada menos que con R. Gamaliel, uno de los rabinos ilustres que figuran como autoridades en el Talmud de los judíos.

La soltura y frecuencia con que en sus cartas Pablo cita la Tanaj (o se refiere a sus enseñanzas e historias aunque sin citarlo directamente), nos indica que en sus estudios rabínicos se familiarizó extensamente con los documentos escritos. Pero su condición de discípulo de R. Gamaliel nos obliga a concluir que también tuvo oportunidad de aprender de memoria muchas de las tradiciones orales que constituían ese resto de la Instrucción de Moisés, la que Moisés no escribió.

- Para los efectos que nos interesa aquí, es igual que abriguemos dudas acerca de si aquellas tradiciones orales realmente derivaban directamente de Moisés. Más

---

[6] Traducido y adaptado de David Instone-Brewer, *Traditions of the Rabbis from the Era of the New Testament*, p. 182.

interesa saber que con toda probabilidad Gamaliel —y el propio Saulo— así creían.

- Lo que hay que pensar es que así como la Torá Escrita marcó hondamente la imaginación religiosa y los hábitos de pensamiento de Pablo, lo mismo tuvo que suceder con su aprendizaje de memoria de grandes extensiones de la Torá Oral.

La formación rabínica de Pablo y su conocimiento de la Torá Oral se ve de diferentes maneras; pero no tenemos tiempo ahora de poner un ejemplo.

El Talmud

A los que no somos judíos, la extensa biblioteca legal de los rabinos —el Talmud— nos resulta un mundo enteramente extraño. El Talmud está dividido en seis órdenes, que tratan sucesivamente sobre: Semillas. Festividades. Mujeres. Daños. Santidad. Pureza.

Estas órdenes se dividen a su vez en tratados, que reciben el título del tema que tratan y que están subdivididos en capítulos. Los tratados están organizados como una serie de historias de debates individuales sobre cada aspecto de la cuestión, donde determinadas autoridades dan sus opiniones divergentes y al final se expresa una opinión mayoritaria (anónima).

Todo lo contrario del camino que siguió en aquellos mismos primeros siglos la Iglesia cristiana, el pensamiento de los rabinos no es dogmático o doctrinal, sino práctico. La Iglesia se esforzaba en aclarar cada vez con mayor detalle qué es lo que debía pensar y opinar el cristiano —cuál era la única forma válida de la fe o creencia. Los rabinos se esforzaban en aclarar cuál era la conducta que gobernaba sus comunidades,

construyendo toda su vida sobre un amplio entramado de costumbres y hábitos que daban al individuo su sentido de identidad como judío.

A riesgo de que simplificando excesivamente, el resultado sea una falsedad:

- Con tal de cumplir los mandamientos, el judío era libre de pensar y opinar y creer lo que le viniera en gana.
- Mientras que con tal de afirmar de todo corazón el Credo que sostenían el Papa y el Emperador, el cristiano podía comportarse como le viniera en gana.

La Tanaj en el Nuevo Testamento y en el Talmud

Las dos tradiciones que heredan la Tanaj, la Biblia Hebrea, y la tienen como elemento fundacional de sus colecciones bíblicas, han añadido a la postre sendas colecciones que completan lo que faltaría en la Tanaj.

Sería fácil, entonces, llegar a la conclusión de que la Biblia Cristiana [Antiguo Testamento + Nuevo Testamento] es más o menos equivalente, en la práctica, a los escritos sagrados del judaísmo rabínico [«Antiguo Testamento» (Tanaj) + «Nuevo Testamento» (Talmud)].

Sin embargo el parecido es solamente formal o externo, por cuanto la relación entre ambas partes es muy diferente en el cristianismo y en el judaísmo[7].

El Nuevo Testamento cristiano surge del dato nuevo e incomparable que es la persona de Jesús, el Hijo de Dios, la Palabra eterna hecha ahora carne. La revelación de Dios en su Hijo obliga a revisar todo lo que pensábamos saber antes

---

[7] Neusner, *op. cit.*, pp. 44-45.

acerca de Dios, a modificar nuestra manera de entender todo lo antiguo a la luz del resplandor del Hijo. Este proceso de revisión de lo antiguo a la luz de lo nuevo (Jesús), hace que los cristianos lean el Antiguo Testamento como prólogo, preanuncio, figuración y sombra de lo que había de venir.

El Nuevo Testamento cristiano explica las consecuencias de la venida del Hijo y descubre que todo esto ya venía anunciado de antemano en el Antiguo Testamento.

La Tanaj judía es el testimonio escrito de la Instrucción que dio Dios a Moisés. Junto con los libros que contienen esa Instrucción escrita, se conserva también por escrito el testimonio oral, que son explicaciones necesarias para interpretar y cumplir debidamente la Instrucción. En primer lugar, para las generaciones de la antigüedad, tenemos el testimonio recogido en los Profetas y demás Escrituras que completan la Tanaj. Y después, para generaciones posteriores, tenemos el testimonio recogido en el Talmud.

Aunque hay mucho en el Talmud de nuevo en el sentido de desarrollo detallado, sin embargo no existe ninguna revelación posterior superior a la revelación completa e insuperable que supone la revelación de Dios a Moisés. No hay revelación posterior. Sólo hay Moisés. Y todo lo demás es explicar, debatir, estudiar, qué es lo que aquella revelación inicial exige de los que temen al Señor.

El Antiguo Testamento mira hacia delante, hacia Jesús. El Talmud mira hacia atrás, hacia Moisés.

La gran crisis del siglo VI a.C.

Para mi sorpresa, hallo que en relación con los textos bíblicos, no se suele considerar cabalmente las consecuencias

para los libros, del desastre nacional judío del siglo VI a.C. Jerusalén y el Templo fueron destruidos del todo, pasto de las llamas. La población fue llevada al exilio y la ciudad quedó abandonada durante décadas.

Sospecho que no se suele pensar en ello porque en nuestro mundo es tan normal la publicación y difusión de copias exactas de libros, gracias a la imprenta. Nos parece perfectamente razonable, entonces, que aunque se destruya un ejemplar de un libro, siempre tienen que quedar otras muchas copias. Pero para la época que nos interesa, eso es un anacronismo.

Cuando el Templo y el palacio de Jerusalén fueron destruidos, incendiada la ciudad entera, llevados los sobrevivientes cautivos a Babilonia, faltaron la oportunidad y el interés para conservar los textos sagrados que pudiera haber en Jerusalén. Faltó la oportunidad, por las condiciones de saqueo, incendio y captura de los sobrevivientes de Jerusalén. Y según nos dejan ver el clima espiritual de Jerusalén los profetas Jeremías y Ezequiel, podemos entender que no quedaba ya nadie en la ciudad que creyera en Dios ni tuviera ningún interés en conservar aquellos textos.

Lo que se fuera a conservar para el futuro, iba a tener que ser lo que algunas personas conservaban en la memoria.

La leyenda dice que fue Esdras el que volcó por escrito la antigua Instrucción de Moisés, para traerla consigo desde Babilonia cuando fue enviado por el rey como gobernador de Jerusalén y de la provincia persa de Yehud.

En cualquier caso, no sólo la Instrucción de Moisés sino también los Profetas, los Salmos, Proverbios —todo— iban a tener que volcarse por escrito en Babilonia, a partir de la memoria de quienes seguían considerando que todo aquello

fuera cierto y digno de su fe a pesar de la terrible humillación nacional.

En aquel instante, lo único que quedaba eran tradiciones orales.

¿Cómo se mantiene viva una comunidad exiliada?

Jerusalén no fue la única ciudad derrotada, incendiada y abandonada en la antigüedad; Judá no fue el único reino que desapareció. Sin embargo los judíos consiguieron algo imprevisible y único: no sólo sobrevivieron en el exilio conservando sus señas de identidad, sino que se perpetuaron y medraron durante miles de años.

Desde la destrucción del Templo en el año 70 d.C., el judaísmo conserva su identidad gracias al estudio de sus libros sagrados y el apego continuo, generación tras generación, a las costumbres propias tradicionales de su pueblo: la circuncisión de sus hijos varones, una dieta que rehúye ciertos alimentos tabú, la obligación de solamente casarse con otros judíos.

Pero si hemos visto que es poco probable que sus escritos sagrados se hubiesen conservado en el instante que se produjo el exilio, ¿cómo consiguieron aferrarse a su identidad y a sus tradiciones? Hay que suponer que hasta que se escribieron (o volvieron a poner por escrito) esas tradiciones, lo que hubo fue un constante repetir de padres a hijos, de abuelos a nietos, la historia de su pueblo y su especial relación con Dios —y la Instrucción recibida por sus antepasados en el desierto cuando se fugaron de Egipto.

Midrás en los textos del Antiguo Testamento

La dinámica de interpretar y explicar, incrementar y transformar el material tradicional recibido, no es observable solamente, entonces, en la acumulación de los muchos y extensos tomos de que consta el Talmud.

Hay que entender que durante las generaciones cuando el Antiguo Testamento circuló de forma oral, estuvo siempre en evolución. Era imposible recitarlo dos veces seguidas de exactamente la misma manera. Ni tampoco interesaba. Lo que interesaba era que cada vez que se contase el contenido de lo que hoy es la Biblia, los oyentes se sintieran interpelados, retados, exhortados, animados, estimulados a amar a Dios y al prójimo, insuflados de esperanza y valor para enfrentar el futuro.

Es posible observar esa dinámica de interpretación y expansión en los propios textos escritos del Antiguo Testamento. Cualquiera que lea el texto con atención a los detalles —tal vez especialmente en hebreo, aunque se nota también en traducción— habrá notado cómo a veces, conforme uno va progresando en la lectura, aparecen detalles nuevos, a veces detalles contradictorios, que van explicando lo que al principio no estaba del todo claro. Este proceso de añadir explicaciones posteriores se conoce en hebreo como *midrás.* La dinámica de *midrás* no se detuvo cuando estas cosas se volcaron por escrito. Cada vez que se creaba una copia nueva de un rollo, era una oportunidad para mejorar y actualizar los contenidos para beneficio de otra generación posterior.

Por otra parte, también podemos observar cómo las ideas bíblicas se desarrollan y varían cuando se van citando

posteriormente en diferentes libros a lo largo del Antiguo Testamento.

Un ejemplo de interpretación interna en la Biblia

Quiero proponeros, como ejercicio y ejemplo, la trayectoria de un concepto bíblico a lo largo del Antiguo Testamento. Observaremos cómo la misma idea adquiere diferentes matices cada vez que se expresa. Lo que quiero que notéis es que no pone lo mismo —no exactamente lo mismo— en cada caso; sino que va variando según lo que los autores bíblicos han querido enfatizar en cada situación nueva.

> *El Nombre*[8]*, el Nombre, Dios amante y bondadoso, lento de rabias*[9] *e inmenso de compromiso y fidelidad, que guarda compromiso para miles, quita maldad y traición y error pero en absoluto declara inocente, que por la maldad de padres pide cuenta a hijos, a nietos, a bisnietos y a tataranietos* (Éx 34,6-7)[10].

> *El Nombre, lento de rabias e inmenso de compromiso, que quita maldad y traición pero en absoluto declara inocente, que por la maldad de padres pide cuenta a la descendencia hasta bisnietos y tataranietos* (Nu 14,18).

> *Regresad al Nombre vuestro Dios, que bondadoso y amante es él, lento de rabias e inmenso de compromiso, y se tranquiliza de la*

[8] «El Nombre» indica las cuatro letras hebreas de la palabra que no se pronuncia por temor a tomarlo en vano. Se suele pronunciar en castellano como Jehová o Yahvé, o el SEÑOR.

[9] La palabra hebrea —en plural en estos textos— indica una ira espantosa.

[10] Todas estas son traducciones mías de los textos.

maldad. ¿Quién sabe si regresará y se tranquilizará y dejará a su paso bendición? (Joel 2,13-14a).

...por eso me adelanté a huir a Tarsis. ¡Porque ya sabía yo que tú eres Dios bondadoso y amante, lento de rabias e inmenso de compromiso y que se tranquiliza de la maldad! (Jonás 4,2).

El Nombre, lento de rabias y grande de fuerza pero que en absoluto declara inocente (Nahúm 1,4).

Pero tú, mi Amo, eres Dios amante y bondadoso, lento de rabias e inmenso de compromiso y fidelidad. ¡Gira hacia mí y apiádate de mí! ¡Da tu protección a éste tu esclavo y rescata a este hijo de tu esclava! (Sal 86,15-16).

Amante y bondadoso es el Nombre, lento de rabias e inmenso de compromiso. No acusará para siempre ni guardará rencor eternamente (Sal 103,10).

Bondadoso y amante es el Nombre, lento de rabias y grande de compromiso. Bueno es el Nombre con todos, y su amor reposa sobre todas sus obras (Sal 145,8-9).

Tal vez lo más interesante aquí es cómo tiende a desaparecer el castigo de las cuatro generaciones de descendientes. Así como tiende a desaparecer también la idea de que Dios en absoluto declarará inocente (al culpable). ¡La propia omisión de ciertos términos ya constituye, en sí misma, una interpretación y transformación del texto anterior!

La actividad de los profetas bíblicos

A veces se tiende a pensar que las figuras como Elías, Eliseo, Amós, Oseas, Isaías, Jeremías o Ezequiel —entre otros— hablaban pura y exclusivamente por inspiración interior.

Si pensamos un poco al respecto caeremos en la cuenta de que esa inspiración tuvo que venir precedida por mucho conocimiento de la tradición religiosa en la que se encontraban. Tradición desde la cual se pronunciaban, tradición que ellos interpretaban y actualizaban para una generación nueva.

Es evidente que los profetas eran hondamente conocedores de la Instrucción oral, la Torá oral. Torá oral que en sus tiempos seguramente incluía mucho de lo que a la postre quedaría plasmado en los libros de la Torá escrita y hasta del Talmud.

Es evidente por igual, que los profetas —guiados por el Espíritu Santo— se sentían libres para innovar. No se sentían obligados a repetir como loros lo que habían recibido de sus mayores.

Los libros de los profetas evidencian frescura y formas novedosas de expresar el mensaje divino, en términos muy diferentes a las formas y palabras de la Instrucción de Moisés. Los Profetas Anteriores (entre Josué y 2 Reyes) lo hacen aplicando la Instrucción oral recibida, a la historia de Israel. Los Profetas Posteriores (libros con nombre propio de profeta) también. En este caso, no a manera de evaluación de la actividad de cada soberano y cada generación, sino como denuncia profética de los males de la sociedad y del abandono de los caminos del Señor.

Está claro que hay dos tendencias que son cada una tan importante como la otra. Por una parte, la tendencia a conservar lo recibido de generaciones anteriores, el impulso a mantenerse fiel a lo que fue revelado por Dios en el pasado. Por la otra parte, una tendencia a dejarse inspirar por el Espíritu

divino, para transformar ese mensaje antiguo y así aplicarlo a la generación presente.

Esta tradición oral en la que se situaron los profetas, entonces, es por una parte hondamente tradicional. Y a la vez, hondamente innovadora, renovadora, revitalizadora, abierta a formas nuevas y palabras nuevas. Incluso abierta —por qué no— a conceptos nuevos, que desarrollan la espiritualidad de Israel más allá de solamente lo recibido por la tradición.

Conclusión

Los cristianos leemos el Antiguo Testamento de una manera confesional, declaradamente cristocéntrica. La persona de Jesús nos reinterpreta e ilumina el sentido de los textos del Antiguo Testamento. Desde que vivió Jesús, el Antiguo Testamento ya no puede querer decir más lo que quería decir antes. Nuestros ojos están abiertos y nuestros oídos entienden como antes era imposible.

Y ahora hemos visto que en la tradición judía, el Antiguo Testamento también sigue siendo un texto dinámico, vivo, flexible. Las explicaciones autorizadas de los rabinos tienen una extensión enorme y sin embargo por la propia forma de discurrir el Talmud, descubrimos que todo allí es diálogo, todo es comparar y sopesar unas opiniones y otras. Todo está en flujo. Todo necesita ser evaluado. Todo es dialogar y discutir y contrastar interpretaciones y opiniones. Cada generación ha de estudiar la Tanaj y el Talmud, para descubrir allí nuevas aplicaciones para el momento presente.

Pero como también hemos visto, esa dinámica de fluidez que es propia de las tradiciones orales, no es ajena a la propia forma de los textos del Antiguo Testamento. Todo él fue tradiciones orales —por tanto fluidas y flexibles— antes de ser

texto escrito. Y en el propio proceso de escritura, hallamos un diálogo interno entre los textos. Un diálogo fuerte, interesante, flexible, siempre abierto a nuevas revelaciones, a nueva luz del Espíritu que transforme textos antiguos en revelación fresca para el presente.

Ese es a la vez el desafío que tenemos por delante los predicadores cristianos.

- Heredando un texto que ya es en sí mismo el fruto de un prolongado proceso de diálogo, expansión, explicaciones —la búsqueda colectiva de la voluntad de Dios para cada generación nueva de los adoradores del Señor Dios de Israel;
- recibiendo a su vez el legado de Jesús y los apóstoles, que se sintieron libres de enfatizar algunas cosas de esa tradición e ignorar otras como de aplicación limitada o nula para las nuevas circunstancias de la proximidad del reinado de Dios;
- ahora nos toca a nosotros, en cada generación, tomar el testigo y atrevernos a pensar cosas nuevas nunca antes pensadas —impulsados por el mismo Espíritu Santo que inspiró estos textos, naturalmente, que si no nada es legítimo—, adaptar nuestra teología y nuestras prácticas a circunstancias nuevas que surgen de nuestra propia civilización y nuestros tiempos en el siglo XXI después de Cristo.

- Esta es parte de nuestra realidad como iglesia misionera, presente en todos los lugares de la tierra, en diferentes culturas, pueblos e idiomas. La teología china tiene que sonarnos a nosotros a chino, por estar tan perfectamente contextualizada a la realidad china. La teología norteamericana no tiene por qué ser idéntica a la vuestra

aquí en Argentina o a la nuestra en Europa. En diálogo unos con otros, discrepando con respeto y amor fraternal, tenemos que dejar que el Espíritu del Señor nos guíe a las formas de entender y explicar el evangelio que en cada lugar y en cada generación, nos trae luz y vida en culto al Señor y amor al prójimo. Arraigados hondamente en los textos bíblicos, tomando esos textos siempre como punto de partida incuestionable, hemos de hacer uso de la misma libertad que ejercieron aquellos que nos legaron estos textos, para oír lo que el Espíritu dice hoy a la iglesia.

4

Las palabras y la Palabra. Fundamento y control del pensamiento cristiano[1]

Prólogo

Quisiera abrir esta última charla con una cita de mi último libro: *Entre Josué y Jesús. El sentido de la historia del Antiguo Testamento*[2]. Lo que digo aquí sobre el Antiguo Testamento es aplicable también al Nuevo.

> *Al final la cuestión no es que si los relatos históricos del Antiguo Testamento están inspirados por Dios. Considero que ese es un debate que no viene a cuento abrir, por cuanto es algo que se puede dar por aceptado como billete de admisión al debate sobre el mensaje de la Biblia.*

Cuando hay controversias en la iglesia, no es infrecuente atacar a la parte contraria acusándolos de saltarse el testimonio bíblico o relativizar y minimizar lo que dice la

---

[1] Diálogo propuesto el 18 de junio de 2016 para el Instituto de Pastores menonitas, en Bragado (Buenos Aires); y el 10 de julio para el Grupo de Enlace de la Región Centro Sur de Comunidad Cristiana, en General Pico (La Pampa).

[2] Librería Amazon: Ediciones Biblioteca Menno, 2015.

Biblia con claridad. Sin embargo ese es casi siempre un argumento falso. Quizá hasta deshonesto.

Todos los cristianos tomamos la Biblia como punto de partida. El problema de fondo no es ese. El problema viene de que leemos la Biblia de maneras diferentes y la interpretamos de maneras diferentes.

Porque la Biblia no dice nada y dice cualquier cosa. Al final, la Biblia solamente nos puede decir lo que nosotros entendemos que nos dice, lo que estamos abiertos a entender que nos dice. La Biblia solamente puede decir lo que sentimos que el Espíritu Santo está guiando a nuestra mente a recibir como ideas que nos comunica el propio Espíritu. Y en tanto que el Espíritu no despierte un «sí y amén» transformador de nuestro entendimiento, las palabras de la Biblia no pueden ser nunca nada más que letras muertas.

1. He dedicado mi vida al estudio de la Biblia. He hecho otras cosas también, naturalmente, y me he desenvuelto en muchos otros aspectos del ministerio cristiano, fundamentalmente como profesor y autor. Pero a lo que he dedicado el grueso de mis estudios y mis lecturas e investigación, ha sido la Biblia. Y tengo desde mi juventud el hábito de leer cada mañana un capítulo del Antiguo Testamento en hebreo y un capítulo del Nuevo Testamento en griego. En casi cualquier momento del día, si alguien me preguntara en qué estoy pensando, la respuesta sería algún aspecto del mensaje de la Biblia.

Descubro que tengo que explicar esto, porque mi forma de expresarme genera a veces el malentendido de que no valoro suficientemente la Biblia, que la menosprecio o le resto importancia. Una vez cuando alguien me entrevistó y publicó sus impresiones de lo que yo pienso sobre la incompatibilidad

de ser cristiano y militar, un lector respondió airado que el profesor Byler tendría que leer un poco el Antiguo Testamento, que ya se enteraría que las dos cosas son perfectamente compatibles. La ironía que encerraba esa forma fácil y superficial de rechazar mis argumentos, es que he dedicado las últimas décadas de mi vida a ser profesor, precisamente, de Antiguo Testamento.

Así que hallo que tengo que decirlo. Lo digo y lo repito: Amo la Biblia, estudio la Biblia, no sabría cómo empezar el día si no fuera leyendo la Biblia. Este hábito de lectura bíblica orienta mi día entero, me acerca a Dios y ministra a mis necesidades que me son muchas veces ocultas hasta a mí mismo.

2. Pero mi mensaje no es ahora ni ha sido nunca la Biblia. Me confieso hondamente alarmado cuando leo las típicas confesiones de fe de las iglesias evangélicas, y descubro que uno de los primeros puntos de su catálogo de creencias —a veces el primero— es la inerrancia e infalibilidad de la Biblia.

Encuentro que hay personas que sería más justo describir como *biblianos*, que no como *cristianos*.

¡Pero qué es esto!

¿Qué hizo por nosotros la Biblia?

¿Acaso la Biblia me creó? ¿Acaso la Biblia me amó? ¿Dio por mí su vida la Biblia? ¿Me da vida eterna la Biblia?¿La Biblia me salva? ¿Me confiere la capacidad de relacionarme adecuadamente con el prójimo? ¿Me habla a lo secreto del corazón cuando mis actitudes no son las correctas?

Sí, desde luego, la Biblia es uno de los muchos medios muy diferentes que el Señor puede utilizar para comunicarme

mensajes de salvación, amor, transformación personal, perdón divino, lo que sea...

Pero quien habla a través de la Biblia es Dios. Y Dios no se ha limitado jamás a solamente hablar por medio de la Biblia. Dios siempre ha hablado al ser humano, en todas las edades, todos los lugares, todas las generaciones; en todos los idiomas del mundo y sin idiomas; en todas las religiones del mundo y hasta a los ateos.

De hecho, descubro, para mi estupefacción, que a veces hay ateos que escuchan mejor a Dios, que algunos cristianos que se creen poseedores de la verdad en exclusiva.

3. Lutero dijo, famosamente, que quien conozca a la perfección la Biblia pero no ha tenido un encuentro personal con Jesucristo, todavía no conoce la Palabra. No conoce la auténtica Palabra de Dios.

El evangelio de Juan abre con una afirmación impresionante del valor eterno de la Palabra de Dios, esa sabiduría eterna —la Señora Jocmá, Sofía— que según Proverbios 8, fuera compañera indispensable de Dios en la creación, sin la cual Dios no podría haber creado nada de lo que existe. Pero Juan no está escribiendo en ese capítulo 1 sobre ningún texto escrito, ni siquiera ninguna tradición oral. Juan afirma que lo esencial que hay que conocer sobre la Palabra eterna y creadora de Dios, es que se hizo carne y habitó entre nosotros.

Cuando Juan da estas explicaciones como prólogo a su relato del evangelio, probablemente no está haciendo más que desarrollar algunos conceptos que ya había esbozado Pablo —el gran teólogo fariseo que trajo su gran caudal de conocimientos bíblicos al movimiento cristiano—. Pablo había dicho —en Colosenses 1— que Cristo es el primogénito de

todo lo creado, y que todo lo que ha llegado a existir después, solamente tiene su existir y subsistir en él. Pablo no lo dice tan claro como Juan, pero aquí también parece estar aplicando a Cristo lo que Proverbios 8 alegaba sobre la Señora Jocmá-Sofía, la Sabiduría divina que se expresa como palabra creadora.

4. Los evangelios, sin embargo, desarrollan de manera práctica esta idea más o menos mística de Jesús como encarnación humana de la eterna Palabra creadora y sustentadora de Dios. Porque los evangelios traen sus palabras: las palabras de Jesús, las palabras que pronunció la Palabra. En los evangelios, Jesús la Palabra, habla por medio de las palabras humanas que pronuncia.

Dice unas cosas y —¡Atención!— no dice otras que bien podía haber dicho. En los evangelios, es cierto que Jesús actúa hasta cierto punto como mago y como curandero —una acusación que hacían contra él los rabinos de los primeros siglos d.C., escandalizados—. Pero como más actúa Jesús en los evangelios, es como maestro. Como maestro, nos instruye claramente acerca de la clase de vida humana que agrada a nuestro Creador y que nos propicia armonía con el prójimo.

Pero al ejercer como Maestro y como Palabra, Jesús utiliza más que solamente palabras. Como buen maestro que es, él sabe que un buen ejemplo vale más que mil palabras. Entonces nos dejó su ejemplo. ¿Por qué dedican los evangelios tan elevadísima proporción de su relato a la Pasión y muerte de Jesús? Porque desde el principio, siempre entendieron que la muerte de Jesús es salvadora y redentora, en el sentido de que es ahí donde Jesús nos deja el máximo ejemplo de su enseñanza, el máximo ejemplo de cómo pretende Dios que nos entreguemos por el prójimo...

El Apocalipsis recoge esta misma idea. Hay una batalla cósmica, que abarca cielo y tierra, entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Cristo ha vencido. Pero ha vencido con la espada que sale de su boca: sus palabras de enseñanza práctica que nos dejó. Y ha vencido con su muerte: su ejemplo inolvidable de resistencia no violenta contra el mal a todos los niveles. Ha vencido por su convencimiento cabal de que si en lugar de responder con el mal al mal, nos dejamos matar por los malvados, Dios tendrá siempre una última palabra victoriosa que añadir. Una última palabra victoriosa que hace que nuestra derrota y sacrificio no sean más que un instante fugaz dentro de la infinidad de Dios.

5. Si hay algo que te llevas a casa de estos días que hemos pasado juntos, quiero que sea esto: que la Palabra de Dios no son las palabras con que explicamos nuestra fe. Ni siquiera son las palabras que utilizaron los profetas y los apóstoles de otra era para explicar la fe que vivían ellos —es decir la Biblia. La Palabra de Dios es Jesús de Nazaret, en toda la gloria de su entrega por el prójimo —hasta por el incircunciso enemigo invasor romano, con todo su paganismo y su religión escandalosamente falsa—. La resistencia no violenta de Jesús contra toda forma de mal, ese es el mensaje del evangelio que transforma vidas humanas y que nos orienta sobre cómo hemos de vivir. La Palabra no son unas palabras, entonces. La Palabra es él. Es Jesús, el hijo de María de Nazaret, al que los romanos torturaron hasta la muerte pero que Dios resucitó de entre los muertos.

6. Y esto me trae, al fin, al tema de fondo que inspira estas cuatro conversaciones: Hablar sobre la autoridad que a pesar

de todo puede seguir teniendo para nosotros la Biblia, aunque no sea ella la Palabra, sino palabras que nos hablan acerca de la Palabra, Jesús.

Para esto, os voy a leer de los últimos párrafos de mi libro *La autoridad de la Palabra en la Iglesia.*[3]

La Autoridad de la Biblia en la Iglesia

Por su naturaleza radicalmente abierta a las posibilidades del ser humano, el movimiento que Jesús inició está destinado a existir en un estado permanente de desarrollo y evolución respecto a su fe, su dogma y sus convicciones. Incluso cuando repetimos las mismas palabras que hace siglos, éstas ya nos han traicionado y con ellas queremos significar algo distinto de lo que quisieron significar nuestros antepasados.

¿Cómo evitar que esta evolución y este desarrollo, justos y necesarios en sí mismos, deriven en apostasía, es decir en traición de la revelación de Dios en Jesús? Los cristianos decidieron en los primeros siglos, por un proceso histórico que aquí no vamos a detallar, que la Biblia Cristiana (Biblia Hebrea a modo de Antiguo Testamento, más colección de obras «apostólicas» a modo de Nuevo Testamento) debía ejercer por aclamación la función de control que ya venía ejerciendo. Desde entonces, ningún pensador cristiano se ha podido permitir el lujo de pensar a espaldas de la Biblia. Se han escrito innumerables obras cristianas; pero sólo son consideradas cristianas en la medida que guardan una relación verosímil con los textos bíblicos.

La Biblia funciona en la Iglesia, entonces como fundamento para la expresión de sus convicciones y fe, expresión que se halla siempre en evolución y redefinición en cada nueva generación y en cada nueva

---

[3] Ediciones Biblioteca Menno (2014). Pp. 193-96.

situación misionera, y como control de esa evolución y ese desarrollo posteriores en el tiempo, respecto a las convicciones y la fe que fueron propias de Jesús y los apóstoles.

Como fundamento, la Biblia nos obliga a arraigar nuestro pensamiento y nuestras conductas en la experiencia concreta y particular, plena y materialmente histórica, de un pueblo que se sintió llamado por Dios. Como control, la Biblia impone límites serios y rigurosos a la evolución y el desarrollo de nuestras convicciones y conductas, porque existen convicciones y conductas que son imposibles de cuadrar con el testimonio de aquella historia. Como fundamento, la Biblia es interna a la Iglesia, le es profundamente íntima. Como control, es ajena a la Iglesia: nos viene desde una cultura y un tiempo remotamente lejanos y denuncia aspectos de nuestra vida que desde nuestra propia cultura y tiempo no seríamos capaces de ver.[4]

Esta es «la autoridad de la Biblia».

Sin embargo, ¿quién controla el control? La Biblia misma es tan amplia y el proceso hermenéutico [...] es tan impreciso, subjetivo y descontrolado por su propia naturaleza, que puede acabar perdiendo su función eficaz de control externo sobre la vida y el pensamiento de la Iglesia.

---

[4] Aunque la he desarrollado a mi manera, la idea de la Biblia como *fundamento interno* y a la vez *control externo* del pensamiento cristiano la debo a John Howard Yoder, "The Authority of the Canon" en Willard Swartley, ed., *Essays on Biblical Interpretation: Anabaptist-Mennonite Perspectives* (Elkhart: Institute of Mennonite Studies, 1984), pp.265-290 (publicado posteriormente en Yoder, *To Hear the Word* (Eugene: Wipf & Stock, 2001)).

Es Jesús de Nazaret, la Palabra hecha carne, quien hace de control sobre todos los posibles significados que se puedan atribuir a la Biblia. Todo mensaje que se atribuya a la Biblia tiene que cuadrar con el testimonio de Jesús.

En la Biblia de los cristianos, el testimonio de Jesús tiene un peso tan enorme que se impone sobre todo el resto del material. Los cuatro evangelios, por su misma cuádruple reiteración, son un fenómeno sin igual en el texto bíblico; así como la existencia en sí del Nuevo Testamento carga las tintas de la colección entera de antiguos manuscritos, hacia la persona de Jesús y el significado de su vida, obras, muerte, resurrección, ascensión y enseñanza.

Si bien el orden en que aparecen los libros del Nuevo Testamento es el que resulta útil y necesario para estos efectos, no debe perderse de vista el hecho de que los evangelios se escribieron después que las cartas de los apóstoles. Las cartas de Pablo son los documentos más antiguos del Nuevo Testamento pero constituyen ya en sí mismas un desarrollo del cristianismo, al redactarse en una situación misionera intercultural, el salto desde el mundo judío palestino al mundo gentil grecorromano. En la medida que el testimonio del Jesús concreto, histórico, de carne y hueso pudiera parecer peligrar en medio de los cambios y la evolución que supone esta situación misionera, surge en la Iglesia la necesidad de redactar evangelios en forma de narraciones sobre esa vida.

El desarrollo [teológico] *posterior es así llamado a rendir cuentas ante el hecho central de Jesús.*

El último de los libros de la Biblia en redactarse fue el Apocalipsis. Y aunque en el Apocalipsis tenemos un desarrollo exuberante de las ideas, el caso es que el Apocalipsis está también profundamente controlado por la centralidad del hombre Jesús. [...] Su evangelio no difiere

sustancialmente del primer discurso evangelístico de Pedro en Pentecostés; un discurso controlado por la memoria del hombre de carne y hueso que habían conocido y cuyas palabras inspiraron directamente la vivencia de la comunidad en Jerusalén. El mensaje del Apocalipsis, de resistencia no violenta contra la violencia que en sí misma siempre indica los valores de la bestia, coincide a la perfección con las palabras que se recordaban de Jesús. Y [...] la visión entera de Juan está firmemente amarrada en el tiempo al propio tiempo de Jesús y por tanto a la importancia de su vida, obras, muerte, resurrección, ascensión y palabras. Y es precisamente «la espada» de su palabra —entiéndase sus palabras, las palabras que en efecto pronunció— el arma que Jesús emplea en el Apocalipsis, como en los evangelios, para combatir el mal.

Otros libros cristianos, anteriores y posteriores al Apocalipsis ya no tuvieron cabida en el canon de la Biblia, incluso cuando pudieran atribuirse a los apóstoles. Esto no es porque fuesen considerados menos cristianos o menos «inspirados» o menos «edificantes», sino porque suponían en sí mismos un desarrollo y una evolución cada vez más distante del evento central de Jesús según era recordado en su particularidad humana. Podían ser consideradas obras legítimas y profundamente cristianas[5]*, pero por cuanto suponían evolución y desarrollo resultaban inútiles como fundamento y como control. Porque el fundamento y el control que supone ser Biblia necesitaban a su vez responder al control del hecho central de la historia de la humanidad: la Palabra, ese hombre Jesús.*

Este mismo control ha de controlar toda interpretación de la Biblia que desee recomendarse como apta y útil para la Iglesia. Toda interpre-

[5] Piénsese en la *Didaché* o en *Hermas.*

tación que desee de alguna manera tomar prestado de la autoridad de la Biblia, ha de someterse al control del hecho de Jesús. Toda interpretación que no puede responder con verosimilitud ante el tribunal de la vida y las palabras de Jesús, es una interpretación engañosa que nos aparta de la verdad de aquel que dijo claramente y sin rodeos: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

[En este capítulo final de *La autoridad de la Palabra en la Iglesia*, veníamos observando el carácter sorprendente del ejercicio real de la autoridad de Jesús. En alguna ocasión dijo (a la mujer sorprendida en adulterio): «Vete. No peques más». Pero no nos dice el evangelio que Jesús volviera la semana siguiente y todas las semanas después, para comprobar que ella había abandonado, efectivamente, el pecado. Jesús soltaba típicamente sus enseñanzas más valiosas en forma de parábolas sin explicación, confiando —aparentemente— que los propios oyentes, si de verdad querían aprender, recibirían la guía del Espíritu suficiente para descifrar lo que había en la parábola de provecho para ellos, personalmente. Contaba la parábola y se marchaba a otro lugar. Una forma de ser asombrosamente diferente a la sed de tenerlo todo controlado, que exhibimos demasiadas veces los pastores.]

Este hombre cuyo temperamento fue tan contrario a la necesidad de tener controlados a los demás, ha sido ascendido por su misma mansedumbre y humildad al rango de quien ejercerá para todas las generaciones de los cristianos un control moral, para que sus lecturas de la Biblia, que en teoría podrían ser infinitas, no se aparten demasiado de lo auténticamente revelado por Dios.

5

Mirar hacia atrás para dirigirnos hacia el futuro[1]

Josué 24,1-28

Josué reunió a todas las tribus de Israel en Chequem y convocó a los ancianos de Israel y a los caciques y jueces y jeques, que se congregaron delante de Dios.

—Así dice el Señor Dios de Israel —dijo entonces Josué a todo el pueblo—. Vuestros antepasados, es decir Teraj el padre de Abrahán y de Najor, vivían antiguamente más allá del Éufrates y servían a dioses extranjeros. Pero yo tomé a vuestro antepasado Abrahán desde más allá del Éufrates y lo hice andar por toda la tierra de Canaán y multipliqué su descendencia al darle Isaac. Y a Isaac le di Jacob y Esaú. A Esaú le di los altos de Seír como propiedad, pero Jacob y sus hijos descendieron a Egipto.

—Entonces mandé a Moisés y a Aarón y asolé a Egipto con lo que hice entre ellos; y después os saqué de allí. Saqué a vuestros antepasados de Egipto y llegaron hasta el mar Rojo y los egipcios los perseguían con carros de combate y caballería. Entonces clamaron al

[1] Predicado en Bragado, el 19 de junio de 2016. Celebración del 90 aniversario de la Iglesia Evangélica Menonita en la ciudad.

Señor, que puso oscuridad entre vosotros y los egipcios. E hizo venir sobre ellos el mar, que los cubrió. Entonces visteis con vuestros propios ojos lo que hice con los egipcios.

—Después vivisteis en el desierto muchos años.

—Luego os traje a la tierra de los amorreos donde vivisteis al otro lado del Jordán. Ellos os combatieron pero yo os los entregué y poseísteis su tierra y los aniquilé ante vosotros. Entonces se levantó Balac hijo de Tsipor, el rey de Moab, para combatir contra Israel y mandó llamar a Balaán hijo de Beor para que os maldijera pero yo no quise escuchar a Balaán. Entonces él os bendijo profusamente y así os libré de su mano. Luego cruzasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Y combatieron contra vosotros los dueños de Jericó, los amorreos y los fereceos y los cananeos y los heteos y los gergeseos y los heveos y los jebuseos, pero yo os los entregué. Porque mandé delante de vosotros la picazón, que expulsó a dos reyes de los amorreos: no fue ni tu espada ni tu arco. Así os di tierras que nada os costaron, ciudades que no edificasteis donde ahora vivís. Os alimentáis de viñedos y olivares que no plantasteis.

—Y ahora respetad al Señor y servidle con integridad y fidelidad. Suprimid los dioses que servían vuestros antepasados más allá del Éufrates y en Egipto. Servid solamente al Señor. Pero si os parece mal servir al Señor, elegid vosotros hoy mismo a quién vais a servir, si a los dioses que servían vuestros antepasados cuando vivían más allá del Éufrates o si a los dioses de los amorreos en cuya tierra ahora vivís. Pero en cuanto a mí y mi familia, nosotros serviremos al Señor.

Entonces respondió el pueblo y dijo:

—¡Jamás nos pase abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! Porque el Señor nuestro Dios, él es el que nos sacó, a

nosotros y a nuestros antepasados, de la tierra de Egipto y de cautiverio de esclavitud. Él es el que hizo ante nuestros propios ojos estas señales impresionantes, y nos guardó en todo el camino que hemos andado y en todos los pueblos por donde hemos pasado. Es el Señor el que echó de delante nuestro a todos los pueblos y a los amorreos que vivían en la tierra. Nosotros también serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios.

Pero Josué dijo al pueblo:

—No podéis servir al Señor, porque él es un Dios santo, un Dios celoso. Él no perdonaría vuestras rebeldías ni deslealtades. Porque si abandonáis al Señor para servir a dioses extranjeros, dará media vuelta y os hará mal hasta acabar con vosotros. El mismo que os hizo bien.

Y el pueblo dijo a Josué:

—¡No! ¡Porque serviremos al Señor!

Entonces Josué dijo al pueblo:

—Testigos sois contra vosotros mismos, de que habéis escogido para vosotros al Señor, para servirle.

Y ellos respondieron:

—¡Testigos somos!

—Pues entonces, suprimid los dioses extranjeros que tenéis entre vosotros e inclinad vuestro corazón ante el Señor, el Dios de Israel.

Y el pueblo respondió a Josué:

—Al Señor nuestro Dios serviremos y a su voz obedeceremos.[2]

---

[2] Mi traducción, esencialmente es la misma que ya apareció en mi *Hablar sobre Dios desde la Biblia*.

Entre las cualidades del ser humano está la de reflexionar sobre el pasado, pensar históricamente, contar de generación en generación las cosas sucedidas en otros tiempos.

Se me ocurren dos motivos por los que recordar la historia.

Uno sería el puramente nostálgico; la mezcla especial de placer y tristeza que produce recordar personas y momentos del pasado personal. Yo confieso que sin haber vivido en Bragado más que unos pocos años de mi vida —de los que recuerdo muy en particular los años entre 1956 y 1962, y después entre 1972 y 1977— es fácil sin embargo dejarme llevar por el sentimiento de nostalgia al pensar en esas épocas del pasado y en particular, al recordar tantísimas personas que ya no están.

- No sé si todavía quedarán personas que recuerden a don Nelson y doña Ada Litwiller cuando fueron pastores aquí. Recuerdo que Alfredo Olivera mencionaba la facilidad de lágrima que tenía don Nelson, cómo se dejaba llevar por la emoción al predicar.
- Otros —seguramente bastantes más, porque fue más reciente— recordarán la predicación de mi padre Frank Byler en su paso por Bragado en diversas etapas, entre los años 40 y los años 70. Su castellano con pronunciación norteamericana resultaba seguramente tan extraña como la pronunciación española que hoy me escucháis a mí. Tal vez lo más notable de su actividad pastoral —que los más ancianos aquí recordarán— es el seguimiento detallado que hacía de cada uno de los miembros. Si alguien no asistía al culto un domingo, tenía garantizado que mi padre le visitaría a lo largo de la semana para charlar un rato, leer algún texto bíblico y orar. Conservo un recuerdo

imborrable de las muchas tardes que lo acompañé de niño, cada uno en su bicicleta, en esos recorridos que hacía por la ciudad mi padre don Frank para visitar a los diferentes hermanos y hermanas de la iglesia.

- También recuerdo —con especial emoción y nostalgia— a los que fueron mis mayores aquí en mi niñez y juventud, mis maestros de escuela dominical, los padres y abuelos de los niños con que yo jugaba, los que guiaron mis primeros años de ministerio cristiano y aguantaron mis primeros sermones y mis muchas metidas de pata cuando llegué aquí desde Estados Unidos en 1972, aquellos ancianos y ancianas que eran una referencia para mí. Algunos todavía siguen con nosotros. Otros nos esperan para que nos reunamos otra vez con ellos al otro lado del umbral de la eternidad. Podría hablar de muchos, pero me limito a mencionar a don Salvador Gómez, cuya manera de hablar me provocaba cierta hilaridad, sin poder imaginar que su pronunciación sería la que acabaría adoptando yo mismo desde hace 35 años.

Sin embargo la nostalgia no es el único motivo para rememorar el pasado. En Israel, como en nuestros países hoy día, el pasado era un terreno disputado. La historia nacional nunca se cuenta porque sí. Se cuenta la historia nacional de tal manera que alumbre la visión que se tiene para el futuro nacional, y así inspire nuestras vidas en el presente.

En Israel sucedía esto mismo. La historia que cuenta la Biblia no es una crónica inocente e imparcial de hechos sucedidos. Como siempre que se cuenta la historia nacional, se eligen determinados episodios e ignoran otros. Se elige contar unos, porque alumbran la visión para el presente y el futuro que uno quiere proyectar. Se ignoran otros episodios porque

contarlos no contribuiría a esa visión; tal vez hasta la negarían. Luego también la forma como se cuenta la historia nacional será siempre muy sesgada, en absoluto imparcial. Se cargan las tintas para que unos personajes nos resulten simpáticos y dignos de imitar, otros personajes nos generen rechazo. Esto también lo tenemos en la Biblia. Si pudiéramos entrevistar personalmente a los personajes bíblicos, seguramente todos protestarían que como lo cuenta la Biblia no es en absoluto como lo vivieron ellos. Unos negarían, con modestia ejemplar, haber sido tan importantes, ni tan puros en sus motivaciones, como lo cuenta el relato bíblico. Otros negarían, indignados, haber sido tan malos ni tan rebeldes contra Dios en sus motivaciones; motivaciones que querrían explicarnos para que entendiéramos por qué se vieron obligados a actuar así.

Pero donde más llama la atención la forma que la Biblia cuenta la historia nacional de Israel, es el protagonismo que tiene Dios en esa historia, de principio a fin.

Con una fe realmente asombrosa, con imaginación absolutamente inspirada, con un atrevimiento que te deja de piedra, los autores bíblicos meten a Dios en la historia nacional, hacen de él no solamente un observador interesado sino el principal protagonista de la historia.

Porque si hay un protagonista de la historia bíblica, de principio a fin, no es ningún ser humano, ni siquiera el pueblo de Dios. El protagonista es Dios. Él es el que toma las iniciativas, él es el que alza y derriba, el que crea dinastías y las destruye, el que de una familia crea una nación, la trae a una tierra que él ha prometido a sus antepasados, escoge sus reyes y al final, asqueado de los resultados, vuelve su espalda a todo ese proyecto y en su furia determina la desaparición de la nación.

En esta forma de contar la historia, es Dios el que al final se arrepiente del durísimo castigo que ha impuesto a su pueblo. Enternecido por el llanto y la lamentación, sorprendido porque cuando él se ha ausentado, este mismo pueblo que durante generaciones lo ignoró ahora lo busca con todo su ser, Dios los trae otra vez a su tierra, aunque ya no para las tentaciones e idolatría de ser un país independiente, sino como pueblo que sujeto al gobierno de tiranos paganos extranjeros, ahora dedique toda su atención al templo, a la adoración de Dios, y a las buenas obras con el prójimo.

Y es Dios el que en su momento oportuno, viene por fin a la tierra en la persona del rey humano adoptado por Dios como hijo, para gobernar en persona a su pueblo. Para gobernar a la nación no por el poder de las armas y de las leyes, no por imposición, por la fuerza, desde arriba; sino para gobernar desde dentro, desde el corazón, desde su propio Espíritu que nos ha metido en el cuerpo, para que con cada aliento de nuestros pulmones y cada latido de nuestros corazones podamos escuchar el suave susurro de su voz que nos guía, nos consuela, templa nuestros nervios, nos impulsa a hacer las buenas obras para las que nos creó.

Los que llevamos toda la vida leyendo la Biblia, como este servidor vuestro, estamos tan acostumbrados a que la historia bíblica tenga como protagonista a Dios, que nos cuesta recuperar la sorpresa y admiración por el desparpajo y atrevimiento con que los autores bíblicos adoptaron precisamente esta forma de contar el pasado.

La magnitud de ese proyecto de contar la historia como lo hace la Biblia, solamente es imaginable si nos planteáramos escribir una historia así, por ejemplo, sobre la República Argentina. O sin ser tan ambiciosos, tal vez, una historia así

sobre la ciudad de Bragado. Imaginad lo que pasaría si alguien escribiera una historia así sobre esta ciudad, desde su fundación hasta el presente, pasando por todos los intendentes y jefes de policía y curas, y todas las etapas de la historia política, social y religiosa de la ciudad.

Imaginad cómo casi todo el mundo protestaría que las cosas no sucedieron en absoluto así. Imaginad cómo tacharían una historia así de pura fabricación y fantasía. Imaginad cómo los descendientes de algunos defenderían que sus antepasados no fueron tan malos, que sus motivaciones jamás fueron tan perversas; imaginad cómo otras familias protestarían que aunque llevan muchas generaciones viviendo en esta ciudad, jamás se han mencionado sus apellidos.

Imaginad, por último, cómo todo el mundo se expresaría indignado de que alguien tuviera el atrevimiento de atribuir a la intervención divina los vaivenes de la historia de esta ciudad. Tacharían de loco a quien escribiera una historia así, por presumir de saber él qué es lo que pensaba Dios sobre lo que venía sucediendo, por el atrevimiento irreverente y sacrílego de creer conocer los juicios de Dios sobre las personas y sobre los hechos.

Hay que suponer que los autores bíblicos se enfrentaron a iguales críticas entre su pueblo. Sabemos que esto mismo fue lo que le sucedió a Jeremías, según se cuenta en el capítulo 44. Os recomiendo la lectura en casa, esta noche o mañana, de Jeremías 44, para que veáis lo que ahora os voy a resumir en pocas palabras:

Resulta que un buen número de los judíos que no fueron llevados cautivos a Babilonia por el ejército de Nabucodonosor, decidieron emigrar a Egipto por la inseguridad que padecía la tierra como secuela de aquella invasión. Contra su

voluntad, se llevan con ellos a Jeremías. Allí en Egipto, Jeremías observa escandalizado que estos judíos, en lugar de escarmentar con el castigo terrible que había sido la invasión, la multitud de sus muertos y de sus mujeres y niñas violadas, la pérdida de soberanía nacional, el cautiverio y esclavitud a que fueron reducidos tantísimos de sus vecinos… En lugar de escarmentar con todo eso, resulta que ahora estaban quemando incienso y ofreciendo ofrendas a la Reina del Cielo —es decir a la diosa cananea Aserá.

Jeremías les recrimina duramente esa dureza de corazón con que vuelven a su idolatría a pesar de todas las evidencias de que la idolatría venía siendo la causa de sus padecimientos y del fin de su nación.

Pero ellos le contestan que no, que el que se equivoca es él. Le recriminan que la manera que él cuenta la historia nacional es perversa y retorcida. Ellos lo recuerdan de otra manera absolutamente diferente: Según ellos, siempre que habían adorado a la Reina del Cielo y a los demás dioses de Canaán, les había ido bien; habían prosperado, habían consolidado su independencia nacional, habían gozado de riquezas y abundancia. Pero después aparecieron profetas como el propio Jeremías, que había lavado el cerebro al bueno del rey Josías para que eliminara por decreto todos los demás templos exceptuando solamente el de Yahvé en Jerusalén; estos profetas perversos habían convencido a Josías para que eliminara todos los lugares altos donde celebraban su culto tradicional que tenía contentos a los dioses que siempre habían servido sus antepasados.

Y así les había ido. Josías había muerto inoportunamente en batalla. Después, sus hijos habían intentado hacer las paces con los dioses restaurando los lugares de culto tradicionales,

pero ya no había nada que hacer. Antes de que se consiguiera apaciguar a sus dioses tradicionales, había llegado Nabucodonosor y los había castigado duramente por esa cabezonería de los profetas, de adorar solamente a Yahvé, solamente en el templo de Jerusalén.

A Jeremías esto le parecía el mundo patas arriba, el disparate encumbrado como razón, el pecado disfrazado de santidad, la idolatría haciéndose pasar por religión. Pero el caso es que a todos los demás, el loco les parecía que era Jeremías, que se había inventado una historia nacional tan diferente a lo que todos ellos recordaban.

Os cuento todo esto, para que caigáis en la cuenta de lo magnífico que fue el proyecto de escribir la historia nacional de Israel como lo hicieron los autores de la Biblia. Y para que penséis en lo terriblemente controvertido que tuvo que ser ese proyecto, las muchas protestas que tuvo que suscitar, las iras que tuvo que despertar lo que a los que no compartían esa visión de las cosas, les tenía que parecer una historia disparatada, falsificada y absurda. Una historia donde los protagonistas no fueran sus héroes nacionales y sus propios antepasados, sino Dios.

Pero lo que movía a los autores de la Biblia no era ningún interés particular por el pasado, sino una visión profética del llamamiento de Dios para su pueblo para el futuro. Lo que inspiró la Biblia no era la nostalgia sino el conocimiento de que Dios quiere que vivamos con justicia y santidad y amor al prójimo en el presente, para que nuestro futuro sea todo lo glorioso que Dios anhela regalarnos. A lo largo de toda la historia Dios venía queriendo bendecir y no maldecir, prosperar y no arruinar, premiar y no castigar. Pero siempre que su pueblo vive en egoísmo e idolatría y materialismo y

lujuria y desorden, tratando mal al prójimo... Dios tiene sus manos atadas y no puede derramar las infinitas bendiciones que tanto anhela como Padre darnos.

Hoy nos hemos reunido aquí para recordar 90 años de historia de una congregación evangélica en esta ciudad de Bragado.

Nos toca a nosotros decidir si vamos a recordar esa historia como algo que protagonizaron nuestros antepasados y que hemos protagonizado nosotros mismos a lo largo de nuestros años. O si lo que vamos a recordar y destacar de esa historia es la actividad de Dios, su perdón y su misericordia, su consolación en momentos difíciles, el tierno amor maternal con que nos ha tenido asidos firmemente en su abrazo.

Hoy, al echar un vistazo hacia el pasado, es el momento para armarnos de visión y fe y esperanza para el futuro. Una visión y una fe y una esperanza que nos motive para las buenas obras, el amor al prójimo, perdonar, ser misericordiosos y generosos, olvidar nuestros rencores y nuestras rencillas y desconfianzas... Una visión y una fe y una esperanza que provocándonos a vivir vidas semejantes a las de nuestro maestro Jesús, hagan llover sobre nosotros las bendiciones y la abundante generosidad que Dios está deseando regalarnos.

Porque como en Israel hace miles de años, Dios anhela fervientemente un pueblo santo como él es santo, un pueblo que ame como él ama, que perdona como él perdona, generoso como él es generoso. Un pueblo que testifique en esta ciudad —y en cada lugar del mundo— la gloriosa magnificencia de su bondad, la extraordinaria ternura con que él nos quiere.

Abracemos, entonces, con fuerza, esa visión del pasado que nos pueda motivar para alcanzar lo que Dios nos tiene aguardando en el futuro. Vivamos hoy como quien se sabe

poseedor de riquísimas promesas, como quien se sabe sucesor de aquellos hijos e hijas de Dios que en generaciones anteriores a la nuestra, vivieron en esta ciudad como ciudadanos de aquella otra ciudad, la Jerusalén celestial que viene precipitándose hacia la tierra. Comprometámonos hoy a vivir nosotros también, en esta generación, como hijos e hijas fieles de un Dios que es el protagonista esencial de nuestra existencia.

6

Una decisión firme, una vida de libertad[1]

1 Reyes 19,15-16.19-21[2]

[15] Y el Señor le dijo [a Elías]:

—Anda, vuelve por el camino que cruza por el desierto en dirección a Damasco. Cuando llegues, ungirás a Jadsael como rey de Siria.
[16] Pero ungirás a Yehú hijo de Nimsí por rey de Israel y a Eliseo hijo de Safat, de Abelmejolá, ungirás para que te sustituya como profeta. [...]

[19] Se fue de allí y se encontró con Eliseo hijo de Safat, que iba el último en una fila de doce yuntas de bueyes que araban. Se le acercó Elías y arrojó sobre él su capa. [20] Abandonó entonces Eliseo sus bueyes y corrió tras Elías y dijo:

—Déjame despedirme, por favor, de mis padres y entonces te seguiré.

—De acuerdo, pero vuelve después conmigo. ¿Acaso te he hecho algo yo?

---

[1] Predicado en la iglesia Familia de Jesús, Morón, el 26 de junio de 2016.

[2] Los textos para el sermón son los del Leccionario Común Revisado para el 6º domingo después de Pentecostés. Todas las traducciones son mías.

[21] Eliseo volvió y degolló su yunta de bueyes y quemó el arado y todos los aperos de los bueyes para hervir la carne. Convidó a comer a todo el pueblo. Después se marchó de ahí para seguir a Elías y servirle.

Este pasaje trae diferentes cosas interesantes, como la idea de que Dios pone y quita los reyes de todas las naciones —en este caso, por medio de la unción del profeta Elías—. Por una parte esto nos puede resultar paradójico, por cuanto tantos de los gobernantes de las naciones son tan terribles, tan corruptos y se desentienden tanto de las necesidades del pueblo, de vivir con paz y prosperidad. El rey Jadsael de Siria asolaría Israel con guerra y por su culpa morirían muchos miles de israelitas. La contrapartida de esto, sin embargo, es que si Dios pone y quita los gobernantes de la tierra, las oraciones de los justos tienen influencia y poder para provocar cambios de régimen que ojalá sean para bien.

Pero en lo que me quiero fijar con especial atención, es cómo Eliseo responde al llamamiento como sucesor de Elías, quemando sus naves. Mata sus bueyes y quema su arado y demás herramientas. Se queda así sin medios para ganarse la vida si llegara a descubrir que esto de seguir al profeta Elías no es tan agradable como él se lo imaginaba. No hay vuelta atrás. Entiendo que la decisión de seguir a Cristo debería ser igual de comprometida, que la decisión de Eliseo de seguir a Elías. No deberíamos dejar ninguna puerta abierta por la que abandonar este camino...

Salmo 16

[1] Con dedicatoria para David:
«¡Guárdame, Dios, que me refugio en ti!»

2 *Le digo a MI SEÑOR: —Tú eres mi amo.*
Te mereces otro mejor que yo.

3 *Las personas enteramente dedicadas que hay en la tierra,*
mis superiores, con esos sí que estoy contento.

4 *Quien corre tras otro dios multiplica sus penas.*
No participaré en sus juramentos de sangre,
mis labios no pronunciarán sus nombres.

5 *Mi herencia y mi suerte es MI SEÑOR,*
tú controlas mi destino.

6 *En el sorteo me tocaron bellezas;*
sí, estoy encantado con lo que tengo.

7 *Bendigo a MI SEÑOR que me orienta*
cuando de noche me reprende la conciencia.

8 *He decidido tener a MI SEÑOR siempre a mi lado;*
juro por mi mano derecha que no cambiaré de parecer.

9 *Por esto me siento feliz y satisfecho,*
y me acuesto a dormir tranquilo;

10 *porque no abandonarás mi vida al cementerio,*
no permitirás que éste tu devoto acabe en una tumba.

11 *Me haces saber cómo seguir vivo;*
junto a ti la felicidad es absoluta,
a tu lado todo es hermoso.

Eliseo lo deja todo para seguir a Elías, pero este salmo concluye alabando las virtudes de vivir en proximidad al SEÑOR. Si Eliseo había matado sus animales y quemado sus herramientas para nunca jamás volver atrás de seguir junto a

Elías, el salmista en el versículo 8 indica igual determinación permanente de mantenerse junto al SEÑOR.

Me llama la atención hasta qué punto en los últimos dos versículos del Salmo, el salmista parece haberse decidido a mantenerse próximo a Dios por la esperanza de burlar la muerte. Entiendo que cada uno tiene sus motivaciones por las que ha emprendido este camino. Algunas de esas motivaciones son más justas o realistas que otras. Han pasado miles de años desde que este salmista, que se mantenía próximo al Señor esperando esquivar así el cementerio, siguió el camino de todos los mortales y sus deudos lo dejaron sepultado bajo tierra. Si lo que motivó su decisión de seguir al Señor fue la esperanza de no morir, se equivocó. Y sin embargo aunque la motivación no fuera realista, la propia decisión de seguir al Señor fue seguramente la mejor decisión de su vida...

Gálatas 5,1.13-25

[1] Manteneos firmes en la libertad a que Cristo nos liberó, entonces, y no os dejéis atrapar otra vez por un cepo de esclavitud. [...]

[13] Porque habéis sido convocados a vivir en libertad. Lo único, que no os aprovechéis de la libertad para vivir desordenadamente. Al contrario, que sea para ayudaros unos a otros. [14] Por cuanto la ley entera se cumple con este punto único: «Que cada cual ame al prójimo como a sí mismo». [15] Pero si os mordéis y trituráis unos a otros, tened cuidado, no sea que acabéis destruyéndoos mutuamente.

[16] Así que digo: Proceded conforme al aliento y no satisfaciendo lo que os pide el cuerpo. [17] Porque lo que te pide el cuerpo es lo contrario al aliento y el aliento es lo contrario a lo que te pide el cuerpo. Son dos impulsos en oposición, lo cual da como resultado hacer lo que uno no quisiera. [18] Aunque si os dejáis guiar por el aliento, esa ley ya no rige.

[19] *Y son evidentes los resultados de lo que te pide el cuerpo, a saber: Inmoralidad sexual, inmundicia, degradación;* [20] *religiosidad mal enfocada, superstición; enemistades, broncas, celos, estallidos de rabia, rivalidades, divisiones, faccionalismo,* [21] *envidia; borracheras, orgías... y cosas por el estilo. Os puedo vaticinar, como ya dije antes, que los que viven así no van a recibir la satisfacción de ser gobernados por Dios.*

[22] *Entre tanto, el resultado del aliento es amor, alegría, paz, vivir adversidades sin quejarse, perdonar ofensas, ser bondadosos, ser dignos de confianza,* [23] *saber aguantar dificultades, no estallar de rabia (pase lo que pase). Cuando se vive así, las reglas sobran.*

[24] *Pero los que pertenecen al Mesías Jesús han crucificado lo que te pide el cuerpo, con sus arrebatos y sus ansias. Si vivimos por el aliento, entreguémonos de lleno al aliento.*

Nuestro texto de Gálatas arranca con la invitación a mantenernos firmes. Esto tiene en común con el texto de 1 Reyes y con el Salmo 16, donde veíamos decisiones firmes, sin vuelta atrás, sin posibilidades de cambiar el rumbo determinado para la vida.

Lo interesante es que esa firmeza de determinación viene descrita aquí como firmeza para una vida de libertad. Como tantas otras cosas en la vida, el camino del Señor puede cambiar dramáticamente de cariz, según la actitud con que se mire. El apóstol desarrolla en los versículos a continuación cómo entiende él que ha de vivir quien vive en esta libertad de Dios. Esos detalles pueden parecer restrictivos y prohibitivos. Pero Pablo no lo entiende así. Él no considera que sean prohibiciones pesadas. No duda de tachar ese estilo de vida —una vida guiada por el principio medular de amar al prójimo como a uno mismo— como libertad. Explica con claridad por

qué: si nos mordemos y trituramos unos a otros, lo más normal es acabar destruyéndonos por completo unos a otros. La vida de rivalidad y aspereza relacional no es una vida de libertad. Es todo lo contrario. Es una vida triste, dura, difícil y enfermiza, que nos va socavando la libertad y la mismísima esperanza de vida...

Es curioso que en esta larga lista de defectos personales que el apóstol describe como vivir como te pide el cuerpo, los cristianos a veces hemos puesto el énfasis donde no parece ponerlo el propio apóstol. El apóstol no parece obsesionado con cuestiones de control de la sexualidad, aunque es cierto que el descontrol sexual es un defecto que puede amargarnos la vida y especialmente, amargarnos las relaciones de amistad y confianza mutua que son tan necesarias para ser felices. Sí, aquí dice claramente que es necesario evadir la inmoralidad sexual, la inmundicia y la degradación, así como las orgías. Pero en este catálogo de males hay muchas más palabras que describen la enemistad y el desencuentro entre las personas. Es tanto el énfasis que se hace aquí en el odio, el rencor, la envidia, la enemistad y un largo etcétera de palabras conceptos parecidos y relacionados, que es imposible evitar la conclusión de que para el apóstol, la evidencia más importante de **NO** estar viviendo como te pide el cuerpo, es la amistad y llevarse bien con todo el mundo —por lo menos, en cuanto dependa de uno mismo—.

Esto me lleva a considerar que el problema fundamental que hay en la cuestión de inmoralidad sexual, es precisamente lo perjudicial que resulta para las relaciones de confianza, lo rápidamente que puede envenenar, por ejemplo la relación de familia y matrimonio y todo el entramado social donde vivimos. Entre un hombre y una mujer, la pureza de la amistad

se puede ver tan contaminada, que ya nos resulta imposible relacionarnos con pureza como amigos y confidentes, con sencillez de corazón.

Y por último y a continuación, frente a todo este entramado perjudicial de enemistades, desencuentros, deslealtades, envidias y odios personales, Pablo nos propone vivir con el fruto del aliento divino. No necesita muchas palabras para describir esta otra realidad contraria:

> *[22] Entre tanto, el resultado del aliento es amor, alegría, paz, vivir adversidades sin quejarse, perdonar ofensas, ser bondadosos, ser dignos de confianza, [23] saber aguantar dificultades, no estallar de rabia (pase lo que pase).*

A esto añade una reflexión riquísima en profundidad y aliento:

Cuando se vive así, las reglas sobran.

Lucas 9,51-62

> *[51] Sucedió que cuando estaban por cumplirse los días para que fuera recibido allá arriba, el propio Jesús decidió dirigirse a Jerusalén. [52] Y mandó a algunos que fueran por delante suyo a un pueblo de los samaritanos, para que le procurasen alojamiento, [53] pero no hubo nadie dispuesto a alojarlo, porque estaba claro que se dirigía a Jerusalén.*
> *[54] Cuando los discípulos Jacobo y Juan se dieron cuenta de esto, dijeron:*
>
> *—Jefe, ¿quieres que les amenacemos con fuego del cielo que los va a asar vivos?*
>
> *[55] Pero él giró hacia ellos y los reprendió [56] y siguieron hasta el pueblo siguiente.*
>
> *[57] Mientras iban por el camino, alguien le dijo:*

—A mí no me importa adónde sea que vayas. Estoy contigo.

58 *Y Jesús le respondió:*

—Las raposas tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, pero este pobre hombre no tiene ni una miserable almohada.

59 *A otro le dijo:*

—Vente conmigo.

—¡Sí, jefe! —le contestó—. Pero si no te importa, antes tengo que enterrar a mi padre.

60 *—Deja que los muertos entierren a sus muertos —le dijo—. Pero tú, en cambio, sal a anunciar el reinado de Dios.*

61 *Pero hubo otro que dijo:*

—Ahora vengo contigo, jefe. Pero antes, si no te importa, tengo que despedirme de mi familia.

62 *—Nadie que esté mirando para atrás mientras guía un arado va a servir para nada en el reinado de Dios —contestó Jesús.*

Habíamos visto hasta aquí, diferentes episodios o ejemplos de firmeza. La firmeza ejemplar de la decisión de Eliseo de seguir a Elías, que no se deja abierta para sí ninguna posibilidad de regresar a su vida anterior. La firmeza del salmista que aunque tal vez por motivaciones equivocadas, sin embargo ha decidido no separarse jamás del Señor, lo cual él entiende correctamente que será para él un motivo de grandes satisfacciones. La firmeza de rechazar vivir atados por recelos, envidias, odios y enemistades, para vivir vidas de libertad, caracterizadas por la alegría, la bondad, saber aguantar y perdonar y dejar de murmurar y enojarnos. Llegamos así a esta pequeña escena de la vida de Jesús que va caminando hacia

Jerusalén rodeado de personas que pueden tal vez, algunos de ellos, ser dignos de considerarse discípulos suyos.

El primer ejemplo es muy llamativo. Son personas que piensan que demuestran ser radicales para Cristo por su disposición a juzgar rápidamente al prójimo y maldecirlo porque su respuesta ante la presencia de Jesús no es la que ellos juzgan correcta. En Juan 3, el evangelista escribe que Jesús no vino a condenar al mundo. En todo caso, el mundo se condena a sí mismo. Pero Jesús no condena.

Aquí tenemos la misma idea, ilustrada con una anécdota personal.

A Jesús no le interesa juzgar ni condenar. Él ha venido para traer luz, alegría, fe, esperanza, amor, paz interior... Si alguien no quiere recibirlo, ellos se lo pierden. Y ya está. No hace falta juzgar ni condenar. Se lo pierden. Y nada más. Si en este pueblo no lo reciben, Jesús sigue caminando hasta el siguiente. No se amarga, no murmura, no los considera enemigos, no guarda rencor, no pierde la paciencia ni la felicidad personal. Sencillamente sigue caminando.

¡Qué ejemplo más maravilloso de todo lo que habíamos visto que escribe Pablo —de una manera mucho más teórica— en Gálatas 5! Jesús, un hombre que demuestra en la práctica lo que es vivir guiados por el aliento divino, no esclavizados por lo que te pide el cuerpo.

Si el salmista se aferra insistentemente al Señor por motivaciones equivocadas, esperando eludir así la muerte, a continuación en el evangelio tenemos alguien que parecería ser que pretendía seguir a Jesús con la esperanza de prosperidad y riquezas. No importa. Es verdad que está engañado: hay buenos discípulos de Jesús que prosperan, pero los hay también que sufren necesidad y destierro y la quiebra de sus

negocios, la ruina, el hambre y hasta la muerte hundidos en miseria. Esto es lo que parece querer dar a entender Jesús cuando le recuerda a este amigo que él mismo, Jesús, es un pobre hombre que por no tener, no tiene ni una almohada donde apoyar la cabeza cuando se acuesta a dormir. Pero la verdad es que no importa. Aunque la motivación sea equivocada, aunque se frustren las esperanzas materiales de este buen hombre que sigue a Jesús pensando que por seguirle va a mejorar su economía personal, en el fondo su decisión de seguir a Jesús es buena. Especialmente si persevera y no vuelve atrás. Ya verá él que hay todo tipo de bendiciones que siguen a los que siguen a Jesús. Aunque no sean exactamente las mismas bendiciones con que uno viniera soñando. Y aunque su vida, como la de todo ser humano, tenga su cuota ineludible de tragedia, dolor y sufrimiento.

Y por último, tenemos en este pasaje del evangelio dos ejemplos de personas que no queman sus naves, que no toman una decisión firme e inquebrantable. Son personas inestables, volubles, que un día piensan una cosa y mañana pensarán otra diferente...

En principio, enterrar al padre no tiene nada de objetable. Por la reacción de Jesús, sin embargo, parecería ser que en este caso ese deseo de cumplir con el deber filial de enterrar al padre, era sencillamente una excusa para **postergar** una decisión. ¡Quién sabe si tal vez su padre seguía vivo y con buena salud! Pero una decisión postergada para más adelante, es todo lo contrario de una decisión firme.

—Ya veremos, Jesús. A ver qué tal te reciben en Jerusalén. Si sales vivo de ésta, es posible que te siga. Por ahora lo más importante es la familia, tú comprenderás...

El otro caso es parecido. No es la misma excusa para postergar la decisión, pero en cualquier caso es lo contrario a una decisión firme. Jesús no es enemigo de la familia ni de cumplir con nuestras responsabilidades. Despedirse de la familia no es malo. No es criticable. Al contrario, es importante hacer las cosas bien. Por amar a Jesús no se deja de amar a la familia. ¡Al contrario!

Pero esta es una situación especial. Una situación de emergencia. Jesús se dirige hacia Jerusalén sabiendo que ha llegado su hora de ser recibido allá en el cielo. Jesús tiene los días contados. Le quedan días, como mucho unas pocas semanas de vida, antes de morir torturado por el régimen de ocupación del Imperio Romano. Por loable que sea la intención de despedirte de tu familia, el caso es que a Jesús no le queda tiempo. A ti puede ser que sí te queda tiempo, pero a Jesús no; porque la cruz no esperará.

El problema que tiene postergar la decisión es que uno nunca sabe qué otras cosas están sucediendo y van a suceder, que pueden hacer que mañana, una decisión postergada sea ya una decisión imposible. O una decisión que otros ya te han arrancado de las manos. Mientras tú dudas, mientras no te decides, otros sí deciden y sí actúan e intervienen. Y para cuando te consideras preparado para tomar la decisión, resulta que llegas tarde.

7

Desde el río Jordán hasta el reinado de Dios[1]

2 Reyes 5,1-14[2]

1 Érase una vez un general del Estado Mayor de Siria llamado Amable, que era muy influyente con el rey porque gracias al Dios de Israel, había salvado a Siria de una derrota importante. Era Amable un hombre muy poderoso, pero padecía de lepra.

2 En una de las incursiones sirias, se habían traído cautiva del país de Israel una niña que estaba ahora al servicio de la esposa de Amable.
3 Esta esclava le dijo a su ama:

—¡Ojalá mi amo pudiera presentarse ante el profeta que está en Samaría, que le quitaría la lepra.

4 Ella fue y le contó a su marido que «Tal y tal me ha dicho la niña del país de Israel».

5 Y el rey de Siria dijo:

---

[1] Predicado el 3 de julio de 2016 en la Comunidad Cristiana de General Roca, Río Negro.

[2] Los textos para el sermón son los del Leccionario Común Revisado para el 7º domingo después de Pentecostés. Todas las traducciones son mías.

—Vaya usted ahí, que yo mandaré una orden escrita al rey de Israel.

Entonces partió y llevó consigo 150 kilos de plata, 60 kilos de oro y diez trajes principescos.

[6] Trajo la orden para el rey de Israel, donde ponía: «... y de inmediato, en cuanto llegue a sus manos esta orden, verá usted que le he enviado a mi servidor Amable, para que le sea quitada la lepra». [7] En cuanto el rey de Israel leyó la orden sufrió un ataque de pánico.

—¿Acaso soy yo un dios, capaz de hacer morir o vivir —exclamó—, que éste me haya ordenado a mí quitarle a un hombre la lepra? Es evidente que lo que pretende es destituirme.

[8] Eliseo, un hombre dedicado a Dios, se enteró del ataque de pánico que estaba sufriendo el rey. Mandó decir al rey:

—¿Por qué sucumbe al pánico su majestad? Mándemelo a mí, y que se entere que hay profeta en Israel.

[9] Llegó así Amable, con su caballo y su carruaje, y se detuvo a la puerta de Eliseo. [10] Eliseo le mandó un mensajero, que dijo:

—Vaya usted a bañarse siete veces en el río Jordán y su piel volverá a estar bien.

[11] Amable se puso furioso y se marchó de ahí diciendo:

—Yo pensaba que saldría y se pondría delante de mí para invocar el nombre de su dios, el Señor de Israel, y que agitaría su mano sobre la llaga para quitarme la lepra. [12] ¿No son acaso mejores para bañarme y curarme los ríos Avná y Parpar, a su paso por Damasco, que todas las aguas de Israel?

Dio media vuelta y se marchó muy enojado. [13] Pero se le acercaron sus subordinados para hablar con él. Dijeron:

—¡Ojalá le hubiera mandado el profeta hacer alguna cosa grande! ¿Acaso no lo habría hecho usted? Porque lo que le ha dicho es: «Báñese y se curará».

[14] *Entonces bajó y se sumergió en el río Jordán siete veces, como le había dicho el hombre dedicado a Dios. Cuando salió, su piel parecía la de un bebé y estaba sana.*

Yo sospecho que en el conjunto de los dos libros de Reyes en la Biblia, esta historia y otras parecidas sobre los poderes milagrosos de Eliseo vienen a querer indicar que frente al descreimiento y la infidelidad del pueblo de Israel, que en esas generaciones estaba adorando muy mayoritariamente a los dioses de Canaán, los israelitas no tenían excusa, porque Dios estaba actuando poderosamente por medio de los profetas. Había personas que tenían ojos para ver esto, aunque la mayoría de la nación, no.

Lo mismo sucede hoy. La mayoría de la gente ni ve ni entiende. Pasan cosas asombrosas a su alrededor y no se enteran. Lo único que ven son casualidades, si acaso lo que ellos tacharían de supersticiones de gente crédula e ignorante.

Esta niña esclava, humillada, a quien su Dios no pudo o no quiso librar de que la secuestraran de su familia y se la llevaran a un país extranjero a vivir sin derechos ni libertad, siempre a las órdenes de otra perona, castigada por su errores y nunca alabada por sus aciertos... Esta niña sí cree, sí entiende. No es nadie y por eso tiene los ojos abiertos a lo sobrenatural, a lo extraordinario.

El rey sirio se frota las manos y dice: «Esta es mi oportunidad de echar de su trono al rey de Israel». Es un poderoso. No cree en el poder de Dios. El rey de Israel se lleva las manos a la cabeza y gimotea que lo van a destituir. Se sienta

en un trono y tampoco cree en Dios. El general Amable está enfermo y se siente vulnerable. Tal vez alberga alguna esperanza de una curación sobrenatural. Pero piensa que para que actúe Dios tiene que intervenir un personaje poderoso, un gran curandero que ponga en juego rituales de poder, con grandes aspavientos.

Los subordinados del general Amable, quién sabe si no fueran también esclavos como aquella niña raptada de su hogar en Israel, entienden, sin embargo, que Dios no necesita ni aspavientos ni rituales ni voces tronadoras ni gesticulaciones exageradas. Dios puede actuar en las cosas sencillas, como las de meterse siete veces en el agua que fluye por el pequeño riachuelo conocido como río Jordán.

Salmo 30

1 *Un canto para la dedicación de la casa.*
Para David.

2 *Te levantaré alto, mi Señor, porque me has sacado del pozo*
y mis enemigos no se alegraron contra mí.

3 *Señor mío, Dios mío, te lloré y me curaste.*

4 *Mi Señor, del cementerio me has arrancado la vida;*
de entre los que bajan a la tumba tú me hiciste vivir.

5 *Cantad a mi Señor los que le tenéis devoción*
y perpetuad el recuerdo de su entera dedicación.

6 *Un momento dura su ira, vidas enteras su favor;*
quien se acuesta llorando al atardecer, reirá al amanecer.

7 *[Pensar que] dije cuando todo me iba bien:*
—Nunca sufriré ningún sobresalto.

8 Mi Señor, si me miras bien, estoy tan firme como las montañas;
pero cuando te me escondes, no sé qué hacer.
9 A ti, mi Señor, te invocaré;
y a mi amo apelaré.
10 ¿Qué sentido tiene desangrarme y descender a la tumba?
¿Acaso te alaba el polvo inerte? ¿Anuncia que eres fiel?
11 Oye, Señor mío, y conmuévete;
mi Señor, se tú mi auxilio.
12 Transformas mi congoja en un baile,
me quitas el luto para vestirme de fiesta.
13 Por eso se canta tu grandeza sin callar.
Mi Señor, Dios mío, es infinito tu reconocimiento.

En la historia sobre el general Amable, Dios casi se diría que sobra. La única mención de Dios es por referencia, al describir dos veces a Eliseo como un hombre dedicado a Dios. La niña esclava recomienda que el general vaya al profeta, alguien que casi podría suponerse que ella entendía ser algo así como un curandero. Eliseo ni ora ni intercede ni menciona a Dios, ni da gloria a Dios cuando el general se sana. Lo que parece obrar el milagro son los poderes mágicos del propio río Jordán; y esta es una de las causas de que esta historia suena a cuento de hadas. Porque viene a dejarnos con la impresión de un país de fábula, un país mágico, cuyo río tiene poderes milagrosos.

En ese sentido, este salmo es muy diferente. Todo el salmo, de principio a fin, está dedicado enteramente a cantar la bondad y la misericordia y compasión del Señor. Desde luego que no hay rituales y aspavientos, ni tan siquiera bañarse en el río Jordán. Pero en el salmo tampoco hay intermediarios. No

hay ni profeta ni hombre dedicado a Dios. Hay solamente Dios y su inmenso amor salvador.

Da la impresión que el salmista, como el general Amable, parece haber superado una enfermedad importante. La lepra que sufría el general Amable no es mortal, no por lo menos en sus etapas iniciales; pero la vida del salmista sí parece haber estado en riesgo. Bien pudiera ser que este cántico de devoción y gratitud a Dios se deba a que el salmista haya corrido tanto o más peligro con su enfermedad, que el general Amable con la suya. Pero no es esa la impresión que uno se lleva.

Lo que sí parece haber, es una relación verdadera y auténtica con Dios. Un confiar en Dios, clamar a Dios en las necesidades, esperar en Dios en la adversidad, y estar infinitamente agradecido a Dios si es que llega la salvación. Y la relación de esta persona con Dios parece extenderse mucho más allá de la cuestión de estar enfermo o sano. El salmo expresa maravillosamente la perplejidad y desorientación del alma que produce la experiencia de la ausencia de Dios.

Dijo uno de mis profesores hace casi 50 años, que los ateos no conocen la ausencia de Dios. Como jamás han experimentado su presencia y su cercanía, están acostumbrados a vivir sin sentir sus impulsos, su guía, su consolación y la fuerza interior que nos presta en nuestras dificultades y nuestro dolor. Son solamente los creyentes los que sufren la ausencia de Dios, como la describen estas palabras del Salmo 30:

> 8 *Mi Señor, si me miras bien, estoy tan firme como las montañas;*
> *pero cuando te me escondes, no sé qué hacer.*

Es lo que los místicos llaman «la noche oscura del alma»...

Y cuando pasa esa dura prueba, el alivio es inmenso.

Sin embargo, como dijo un amigo nuestro en España: «Nunca dudes en la oscuridad, de lo que viste en la luz». Aunque como a la hermana Teresa de Calcuta, te toquen años y décadas enteras de no sentir la cercanía ni la voz de Dios en tu interior, sé siempre fiel a aquello que aprendiste del amor y la fidelidad de Dios, cuando sí sentías su presencia. Adorar a Dios, servir a Dios, vivir conforme a los valores del reinado de Dios, no es cuestión de sentimientos. Es cuestión de coherencia y de esperanza y de firmeza de decisión.

Lucas 10,1-11.16-20

[1] Después de estas cosas el jefe [Jesús] indicó otros setenta, a los que mandó de dos en dos para que fueran antes de él a todas las poblaciones y lugares donde él pensaba ir. [2] Les decía:

—La cosecha será abundante, pero los trabajadores son pocos. Pedidle al capataz de la cosecha que mande más trabajadores a cosechar. [3] ¡En marcha! Os estoy mandando como corderos entre lobos. [4] No llevéis mochila ni billetera ni calzado. No os paréis a conversar por el camino.

[5] —Cuando entráis a una casa, saludad así: «¡Que haya paz en esta casa!» [6] Y si viven ahí personas pacíficas, vuestra paz se quedará ahí. Pero si no, saldrá rebotada. [7] Quedaos en esa misma casa comiendo y bebiendo lo que haya, que el trabajador bien merece su paga. No vayáis de casa en casa.

[8] —Y siempre que entréis a una población y os reciben bien, comed lo que os ofrezcan. [9] Sanad a los enfermos que haya ahí, y anunciadles: «Se os ha acercado el reinado de Dios».

[10] —Pero si en alguna población no os reciben bien cuando llegáis, salid por la calle diciendo: [11] «No nos llevaremos de vuestra población

ni tan siquiera el polvo que se nos pega a los pies. Pero que sepáis que el reinado de Dios se os ha acercado». [...] [16] El que os escucha a vosotros, a mí me oye. Y el que os rechaza a vosotros, a mí me ignora. Pero el que me ignora a mí, ignora al que me mandó.

[17] Volvieron los setenta, muy contentos. Dijeron:

—¡Jefe, en tu nombre hasta nos obedecían los dioses de los paganos!

[18] —Estuve viendo cómo caía del cielo el Acusador, como una estrella fugaz —les contestó—. [19] Es que os he dado autoridad para pasearos sobre víboras y escorpiones, autoridad sobre cualquier fuerza del enemigo sin que os pase nada malo. [20] Y sin embargo, de lo que hay que alegrarse no es que os obedezcan los vientos. Alegraos más bien porque vuestros nombres están inscritos entre los astros.

El general Amable experimentó una curación milagrosa sin saber claramente qué era lo que estaba pasando y sin llegar a conocer personalmente al Dios de Israel. El salmista agradece a Dios por el milagro de la salvación, indicando con mucha claridad a lo largo del salmo 30 que sabe bien quién es Dios, se relaciona con Dios, conoce lo que es sentirlo próximo y lo que es la sensación de desorientación y desazón que nos sobreviene en «la noche oscura del alma» cuando parece que Dios se nos ha ausentado. El primero ha experimentado un milagro pero con toda probabilidad su vida no vaya a cambiar mucho de orientación. El segundo ya era un adorador enamorado de Dios antes del milagro, y lo seguirá siendo después de experimentar la salvación. De hecho, cabe imaginar que habría seguido alabando a Dios aunque no se hubiera sanado y aunque estuviera ante la hora de su muerte.

Ahora Jesús se dispone a enseñar a sus discípulos que Dios es poderoso, sí; que Dios hace curaciones milagrosas, sí; pero

que hay otras cosas más importantes y más eternas que el poder y que las curaciones sobrenaturales.

Antes de hablar de esto otro que es más importante que las curaciones, me parece necesario observar que los setenta emisarios de Jesús descubren, para su sorpresa, que en algunas curaciones han tenido que dar órdenes a los dioses de los paganos para que dejen a la gente en paz —y que les han obedecido. Hoy nos figuramos cualquier cosa cuando nos encontramos con la palabra «demonio». Pero en aquel entonces la gente sabía bien que las palabras «demonio» y «dios» eran perfectamente sinónimas e intercambiables entre sí. No es una palabra que se emplee nunca en el Nuevo Testamento para referirse al Dios de los judíos, pero los paganos podían referirse con total naturalidad a sus dioses como «demonios», sin ningún sentido peyorativo o negativo. La palabra *deisidaimonía*, que significa «servir a un demonio» —es decir, «servir a un dios»— figura en el Nuevo Testamento y se traduce como «religión». Los setenta emisarios de Jesús descubren que por cuanto ellos actúan a las órdenes directas de Jesús, los dioses de los paganos les reconocen autoridad, les obedecen, y dejan de interferir en la vida de la gente.

Pero Jesús quiere llevar a sus discípulos más allá de la cuestión de las curaciones y el poco o nulo estorbo que vienen a ser los demonios. Esto no era lo principal en la misión que les encomendó. Son, si acaso, sencillamente una consecuencia, un desenlace secundario de su misión, que es el anuncio de la proximidad del reinado de Dios.

Y es con la mención del reinado de Dios, que descubrimos la importancia que sí puede tener la autoridad sobre los dioses de los paganos que Jesús ha delegado en sus seguidores. Jesús les garantiza que este reinado de Dios que se aproxima con la

presencia de Jesús, es más poderoso que cualquier tipo de oposición que les pueda presentar el enemigo.

¿Y quién vendría a ser el enemigo del reinado de Dios?

Bueno, supongo que eso hay que discernirlo y entenderlo en cada generación. Para los judíos y galileos de la generación de Jesús, esa mención del enemigo, sin embargo, solamente podía tener un referente: el Imperio Romano y el ejército de ocupación y opresión imperial.

Una cosa que descubrimos en el Nuevo Testamento, es la facilidad con que aquellas gentes reconocían que las fuerzas que gobiernan la humanidad tienen dos vertientes: la exterior y la interior. Un régimen de opresión imperial como el de Roma tenía sus ejércitos, sus crucifixiones de revolucionarios y de esclavos rebeldes, sus impuestos imposibles de pagar sin arruinarse, sus gobernadores militares como Poncio Pilato para mantener el orden. Eso ya era sobradamente terrible. Pero todo eso venía acompañado, además, por una opresión espiritual espantosa, donde la gente interiorizaba su sentimiento de vejación, humillación y desespero, lo cual hallaba expresión a veces en toda suerte de enfermedades del cuerpo, que reflejaban la propia enfermedad del alma que padecían.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Jesús al endemoniado gadareno.

—Legión —responde, en una clarísima alusión a las legiones del Imperio opresor que tenían invadida la tierra de Israel. El endemoniado gadareno ha interiorizado hasta la locura y hasta manifestaciones sobrenaturales espeluznantes, el sufrimiento de una nación oprimida por la crueldad de un ejército extranjero y los dioses que ese ejército adora.

Contra esta fuerza imponente del imperio extranjero y pagano, esta opresión material acompañada de opresión

espiritual, donde los dioses de Roma vienen a ser parte de lo que oprime a los judíos y galileos, Jesús viene a anunciar la proximidad del reinado de Dios.

Contra Roma, con sus valores, su violencia y su opresión, el reinado de Dios. Un reinado con sus propios valores, donde la paz, el perdón, la reconciliación y el amor vienen a definir la espiritualidad dominante. Es un reinado de libertad, de generosidad y solidaridad, de hermanos y hermanas en lugar de tiranos y pueblos dominados y esclavizados.

Jesús declara —y los setenta vienen a confirmar con la experiencia— que los dioses de Roma nada pueden hacer contra esta llegada del reinado de Dios. Las cosas van a cambiar. Tal vez Roma siga gobernando durante siglos, como en efecto sucedió; pero a nivel espiritual, empezaba a resquebrajarse la opresión intolerable que sufría el pueblo de Dios. Las cosas empezaban a cambiar. Se anunciaba una nueva era, con nuevas posibilidades de alegría, convivencia pacífica, reconciliación y amor.

Jesús tiene una manera sublime, poética, bellísima, de expresar esta nueva realidad:

> *Alegraos [...] porque vuestros nombres están inscritos entre los astros.*

Gálatas 6,7-16

> *7 No os dejéis engañar, con Dios no se juega. Porque lo que cada persona siembra, eso mismo recoge. 8 Entonces el que siembra lo que le pide el cuerpo, recoge desastres personales; pero el que siembra conforme al aliento, recoge una vida perdurable. 9 No nos desanimemos de hacer el bien, que a su debido tiempo cada cual recogerá, mientras no abandone. 10 Por consiguiente, siempre que haya ocasión, dediquémonos*

activamente al bien para todo el mundo, Y EN PARTICULAR PARA LA FAMILIA DE LOS CREYENTES. [11] *¡Atención al tamaño grande de las letras con que os he escrito eso último!*

[12] *Hay quien quiere aparentar con cuestiones de poca importancia. Procuran obligaros a haceros un tajo en la piel con el único propósito de que a ellos no los miren mal por motivo de la cruz del Mesías.* [13] *No es que los que están circuncidados guarden especialmente la Instrucción divina, pero sin embargo os quieren circuncidar. Lo que quieren es ufanarse ellos de haberos hecho un tajo en la piel.* [14] *En cuanto a mí, espero que jamás en la vida se me pase por la cabeza ufanarme por ninguna cosa que no sea la cruz de nuestro jefe, Jesús el Mesías. Con esa cruz ha muerto para mí el mundo entero.* [15] *El caso es que ni cortarse ni dejar de cortarse significan nada. Lo que importa es haber sido creados nuevos.* [16] *Y los que se mantienen firmes en esto mismo, que vivan en paz y compasión, ellos y todo Israel de Dios.*

Hemos hecho un largo recorrido, desde aquella curación milagrosa del general Amable en las aguas del Jordán, donde sin embargo **NO** tuvo oportunidad de conocer al profeta Eliseo, ni qué hablar de enterarse que el Dios Señor de Israel es otra clase de ser muy diferente a los dioses que él adora en Siria, que son dioses de dominación imperial. También hemos avanzado más allá de la gratitud y las alabanzas del Salmo 30, cuando todavía no se había acercado el reinado de Dios en la persona de Jesús. Hemos aprendido que las curaciones milagrosas, los milagros espectaculares y las manifestaciones de poder sobrenatural están muy bien; pero tampoco son lo mismo que llegar a conocer y adoptar los valores de amor, perdón, generosidad de espíritu, reconciliación, liberación interior, libertad de conciencia, capacidad de pensar por cuenta propia sin que nadie te presione, etc., que viene a

suponer la llegada del reinado de Dios. Esta vida transformada que Jesús describe tan poéticamente como tener nuestros nombres inscritos entre los astros.

Ahora concluimos nuestras reflexiones observando cómo Pablo empieza a cerrar su carta a los Gálatas. En realidad, es una exhortación muy sencilla, tanto que espero no estropearla añadiendo demasiados comentarios míos.

Entiendo que hay aquí dos elementos:

1. Lo que significa nuestra ciudadanía en el reinado de Dios, lo que significa dejarnos gobernar por el aliento divino de Dios, es sencillamente dedicarnos activamente al bien para todo el mundo, y en particular, para la familia de los creyentes. Jesús había resumido toda la Ley y los Profetas con dos mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo. Aquí Pablo considera que lo de amar a Dios ya se entiende por lo que ha dicho en el resto de la carta, y entonces cierra con esta idea de dedicarnos activamente al bien para todo el mundo. Bien es cierto que Pablo enfatiza que hay que empezar aquí, entre los miembros de la familia de los creyentes. Si no hay amor y generosidad y perdón y reconciliación, etc., entre nosotros, ¿qué es lo que se supone que vamos a llevar más allá? Pero en cualquier caso, el ámbito en el que nos movemos al dedicarnos activamente al bien, es todo el mundo. Empezando en casa, por supuesto; con letras grandes, si hace falta. Pero en definitiva, todo el mundo.
2. Y en segundo lugar tenemos la instrucción encendida de Pablo, a que resistamos cualquier tipo de manipulación y control, donde otros, que se creen espiritualmente más maduros o más instruidos en las cosas de Dios, nos quieran imponer unas reglas que nos roban la libertad y la

espontaneidad para responder a Dios con nuestra propia fe y nuestro propio convencimiento. El caso que ocupa a Pablo es la circuncisión. Sobre la circuncisión no faltaban textos en la Biblia. El problema no es que la circuncisión fuera bíblica o no. Por supuesto que es bíblica y allí figura claramente como mandamiento divino. La Biblia dice tajantemente que la circuncisión es de obligado cumplimiento para todos los varones del pueblo de Dios, sin excepciones.

Y sin embargo Pablo reacciona categóricamente en contra de los que quieren hacer cumplir ese mandamiento.

¿Por qué?

A mí me parece que hay dos motivos:

a. Por una parte, no todos los mandamientos en la Biblia son de vigencia universal, porque cambian los tiempos y las costumbres, y vivimos en otras civilizaciones posteriores en el tiempo, con otras formas de entender la vida. Lo esencial que sí hay que obedecer, es lo que Pablo acaba de decir: Tratarnos bien unos a otros, dedicarnos activamente al bien de todo el mundo. Quien vive así ya no necesita más reglas ni mandamientos.

b. Y esto me trae al segundo motivo. Pablo entiende que desde que se nos ha acercado el reinado de Dios en la persona de Jesús, Dios ha puesto en cada uno de nosotros su Espíritu Santo, que nos iluminará desde nuestro interior acerca de lo que agrada o no a Dios. Todas aquellas reglas, mandamientos, ordenanzas y estatutos, junto con todas las historias recogidas de los siglos de existencia del pueblo de Israel, son

aleccionadoras y nos instruyen acerca de los valores por los cuales hemos de vivir. Pero se pueden cumplir superficialmente, exteriormente, por obligación, sin discernimiento interior propio.

Y el reinado de Dios no es así. El reinado de Dios no busca conformidad exterior, sino iluminación interior que guíe nuestros pasos y haga que cada cosa que hagamos sea por la fe y como expresión de un amor auténtico a Dios y al prójimo.

8

Sobre la religión, el poder, y el reinado de Dios[1]

Amós 7,7-17[2]

[7] Esto es lo que se me enseñó: Se había encaramado mi Señor a una muralla, con una plomada en la mano para ver si estaba a plomo. [8] Entonces me dijo mi Señor:

—¿Qué ves, Amós?

—Una plomada —respondí.

—Mira que he medido a mi pueblo Israel con una plomada —dijo mi Señor—. ¡Ya no le perdonaré ni una! [9] Arrasaré los lugares de culto de Isaac y arruinaré los santuarios de Israel. Levantaré un ejército contra la dinastía de Jeroboán.

[10] Entonces Amatsiá, el sacerdote de Casa de Dios, mandó decir a Jeroboán, el rey de Israel:

—Amós anda conspirando contra su majestad entre la gente de Israel. Este país ya no puede soportar más sus monsergas. [11] Amós ha

---

[1] Predicado el 10 de julio de 2016 en la Comunidad Cristiana de General Pico, La Pampa.

[2] Los textos para el sermón son los del Leccionario Común Revisado para el 8º domingo después de Pentecostés. Todas las traducciones son mías.

dicho, por ejemplo, que: «A Jeroboán lo matarán de un sablazo y se llevarán de su tierra a los israelitas como esclavos».

[12] *Y a Amós le dijo Amatsiá:*

—¡Fuera de aquí, vidente, pon pies en polvorosa, vuelve al país de Judá! Mendiga ahí y profetiza ahí, [13] *pero no sigas profetizando en Casa de Dios, porque este es un real santuario, un templo leal a la corona.*

[14] *—Ni soy profeta ni desciendo de profetas —le contestó Amós a Amatsiá—. Soy arriero y a veces me dedico a la cosecha de fruta silvestre.* [15] *Pero mi Señor me sacó de detrás del ganado. Y me dijo mi Señor: «Vete a profetizar a la gente de Israel».* [16] *Así que escucha bien lo que dice mi Señor. Tú me has dicho que no profetice contra Israel y que abandone este goteo contra la familia de Isaac.* [17] *Por consiguiente, esto es lo que te responde mi Señor: «Tu esposa ejercerá de puta en la ciudad, tus hijos e hijas caerán a espada, tus terrenos se repartirán en parcelas, y tú morirás en un estercolero. Y se llevarán de su tierra a los israelitas como esclavos».*

Este primer pasaje de hoy es de un juicio brutal, un juicio sin anestesia, terrible. La destrucción final de un país, con la población reducida a esclavitud en tierras extranjeras. Las diez tribus del reino del norte, Israel, han desaparecido de la historia para siempre.

Hay en estos versículos muy pocas pistas acerca de lo que pudo dar lugar a tamaño juicio, pero son suficientes:

1. Los lugares altos, o de culto.
2. La lealtad incondicional a la corona, del santuario de Betel y de su sacerdocio.
3. La nula disposición a recibir la palabra profética.

En la antigüedad, la religión y el estado eran inseparables. Eran dos aspectos de una misma realidad. Los reyes eran hijos

adoptivos de los dioses, y en algunas civilizaciones se consideraba que los reyes eran ellos mismos dioses. A lo largo de la Biblia vemos un largo camino a recorrer, desde esa concepción de lo divino, hasta otra manera novedosa y liberadora de entender la relación entre Dios y los hombres y mujeres.

En Israel y Judá, se empieza a ensayar una forma novedosa de entender la relación entre Dios y los reyes. Todos los reyes de la antigüedad contaban con un plantel de profetas que les ayudasen, con sus predicciones y adivinaciones, a tomar las decisiones de Estado. En Israel y Judá, sin embargo, los profetas del Dios Señor de Israel, resultaron incómodos, respondones, críticos con sus políticas de opresión y violencia, exigentes de una devoción completa y absoluta al Señor, donde no se podía admitir como legítimo el culto a ningún otro dios…

A pesar de ello en Israel, como hemos visto en este pasaje, la lealtad a la corona de los santuarios de culto impidieron que se recibiera de buena manera este tipo de intervencionismo crítico de profetas como Amos y Oseas.

Salmo 82

1 *Un canto para Asaf.*
Dios se ha levantado en la asamblea de los dioses,
entre los dioses emite sentencia:

2 *—¿Hasta cuándo juzgaréis con prevaricación,*
mostrando favoritismo con los culpables?

3 *—Sed justos con el pobre y el huérfano,*
fallad a favor del humilde y del que vive en la miseria.
4 *Librad al pobre y al humilde,*
rescatadlos del poder de los malvados.

5 *No entienden y no disciernen, se mueven a ciegas,*
ponen en peligro los cimientos del país.

6 *—He dictado sentencia: Dioses sois,*
hijos del Altísimo cada uno de vosotros;
7 *ahora bien, vais a morir como seres humanos,*
tendréis el mismo fin que cualquier funcionario.

8 *¡Levántate, Dios, para juzgar el mundo,*
porque todas las gentes te pertenecen!

Este es uno de los salmos más curiosos de toda la colección. En él vemos ejemplificada la transición de la consideración de los reyes de la tierra como dioses, al anuncio de un gobierno directo del señor Dios de Israel como rey del mundo.

Si antes los reyes tenían la consideración de ser dioses, ahora Dios tendrá la consideración de ser rey —el único rey autorizado y legítimo de la humanidad.

¿Por qué se va a hacer cargo Dios de un gobierno directo de los hombres y las mujeres?

Porque los gobernantes de este mundo no han sabido instituir la justicia, la equidad, la compasión, el amor, la generosidad y la compasión. Los gobernantes de este mundo son corruptos, egoístas, injustos y violentos. No podemos vivir sin ellos, porque sin gobierno la sociedad humana sería un caos absoluto, un desorden terrible y violento. Pero aunque no podemos vivir sin gobierno, los gobiernos de este mundo tampoco nos dejan vivir en paz.

Así que en este salmo, Dios relega los gobernantes de la tierra a meros mortales, que al morir tendrán que rendir cuenta de sus actos.

Y Dios se dispone a gobernar él personalmente. Lo que aquí no dice, pero se verá más adelante en la historia del pueblo de Dios, es que este gobierno de Dios no solamente será más justo, sino que será desde dentro, desde el interior de los corazones, en lugar de por imposición y fuerza desde arriba, con autoritarismo absolutista.

Colosenses 1,1-14

[1] Pablo, emisario del Mesías Jesús porque así lo quiso Dios, junto
con el hermano Timoteo, [2] a los colosenses que se han dedicado a Dios y
son hermanos y hermanas fieles al Mesías. Podéis vivir bella y
pacíficamente gracias a Dios nuestro Padre.

[3] Damos gracias a Dios, el padre de nuestro soberano Jesús el
Mesías, cuando intercedemos a toda hora por vosotros. [4] Nos hemos
enterado de vuestra fidelidad con el Mesías Jesús y de vuestras muchas
atenciones con todos los que se dedican a Dios. [5] Este proceder vuestro
viene motivado por la esperanza que tenéis guardada en los lugares
celestiales, de la que os habéis informado por la palabra inequívoca del
anuncio [6] que os ha llegado. También ha llegado a todo el mundo, donde
está produciendo fruto y expansión igual que entre vosotros, desde el
día que escuchasteis y supisteis del favor divino auténtico. [7] Todo esto
lo aprendisteis de Epafrás, nuestro querido compañero en el servicio, un
hombre íntegro que está a vuestra disposición por servir al Mesías. [8] Él
nos ha detallado vuestras atenciones motivadas por el aliento.

[9] Por eso nosotros también, desde el día que lo supimos, no dejamos
de interceder y peticionar a favor vuestro, pidiendo a Dios que os
llenéis del conocimiento de lo que Dios quiere, con toda sabiduría e
inteligencia alentadora. [10] Pedimos que viváis como es digno del
soberano, procurando agradarle en todo. Que os dediquéis a producir

toda suerte de obra buena, a la vez que vais adquiriendo un conocimiento de Dios cada vez mayor. [11] *Que os hagáis fuertes con toda fuerza, conforme al poder de su resplandor, hasta alcanzar el grado máximo de felicidad aunque haya que aguantar contratiempos con paciencia.*

[12] *También damos gracias al Padre porque os ha rehabilitado plenamente, como se corresponde con el legado de los que se dedican a Dios por iluminación [interior].* [13] *Él nos ha rescatado del arrastre de la oscuridad. Nos ha puesto bajo el reinado del hijo de su amor.* [14] *Es gracias a él que hemos sido rescatados y que ya nadie nos echa en cara nuestros errores vitales.*

Aquí tenemos mucho más desarrollada la naturaleza de este reinado de Dios que resulta tan diferente a los reinos de este mundo.

Entre otras frases y conceptos que aparecen en estos párrafos de Pablo, quisiera destacar lo siguiente:

1. **Fidelidad al Mesías Jesús**. Esto es mucho más que «fe en Jesucristo». Es compenetrarse con los valores y las maneras de Jesús, su compasión, su capacidad de perdonar, su inmensa aceptación del valor del individuo, que hacen que no emita juicios de condenación sino, al contrario, lo invite siempre a superarse. El Mesías Jesús al final murió en la cruz perdonando en voz alta a los militares paganos romanos que lo estaban torturando hasta la muerte. La fidelidad a su persona no es posible sin que nos dejemos empapar de esa consideración por el prójimo. No se trata de personalidad —que los hay más simpáticos o dados a expresar afecto, y otros que no somos así—. Tampoco se trata de sentimentalismo. De lo que se trata es de ser considerados, olvidar las ofensas

sufridas, abandonar rencores, envidias, y animadversión personal. Como Jesús, los que somos fieles a él procuraremos tratar siempre al prójimo como nosotros deseamos ser tratados.

2. **Atenciones a los que se dedican a Dios**. Esto es más que solamente apoyar aquellos ministerios por los que sentimos especial afinidad o que nos han bendecido a nosotros en particular. Es reconocernos unos a otros todos los que nos hemos embarcado en esta emocionante aventura de seguir las huellas de Jesús. Tal vez muy en particular aquellos que Dios guía a otras expresiones del evangelio que no acabamos de comprender ni compartir. En otras traducciones pone: «amor a todos los santos»...
3. **Vivir como es digno del soberano**. Esto es prácticamente lo mismo que aquello de «fidelidad al Mesías Jesús».

No se trata —no creo yo— de adoptar una austeridad exterior, un semblante serio con expresiones de religiosidad beatífica, ofendiéndonos si alguien nos cuenta un chiste o si adopta otros estilos de vida que los que aprobamos.

Se trata antes bien de tratar al prójimo —todo prójimo, tal vez aquel con quien menos estemos de acuerdo— con el mismo afecto, la misma consideración, con que Dios nos ha tratado a nosotros. Al final, a ninguno de nosotros nos ha obligado Dios por la fuerza, contra nuestra voluntad, por muy Soberano que sea él. Nos ha ganado, al contrario, por su mucha ternura y comprensión, donde en lugar de llenarnos de reproches y castigos, nos ha tendido una mano para sacarnos de nuestro hundimiento personal, nuestros sentimientos de culpabilidad, nuestra vergüenza de malgastar los cortos años de nuestra vida.

Como lo expresa de manera tan sublime el propio Pablo en el último párrafo que hemos leído:

> [12] *También damos gracias al Padre porque os ha rehabilitado plenamente, como se corresponde con el legado de los que se dedican a Dios por iluminación [interior].* [13] *Él nos ha rescatado del arrastre de la oscuridad. Nos ha puesto bajo el reinado del hijo de su amor.* [14] *Es gracias a él que hemos sido rescatados y que ya nadie nos echa en cara nuestros errores vitales.*

4. Llegamos así a contarnos entre los que yo he traducido como «**los que se dedican a Dios por iluminación interior**». «Los santos en luz», pone Reina-Valera, una frase que a mí por lo menos no me dice nada, pero que empieza a entenderse —en mi opinión— cuando lo traducimos así: «Los que se dedican a Dios por iluminación interior». Es decir que lo que nos impulsa es un resplandor, una luminosidad que brilla en nuestro interior, que late en nuestros corazones y corre por nuestras venas, motivados por la enorme gratitud de haber sido tratados con tan sublime consideración por el Señor Dios del universo entero.

Hay muchas más palabras y frases que podríamos destacar de este pasaje de Colosenses, que no tiene desperdicio. Pero pasemos todavía a considerar una última lectura, del evangelio de Lucas.

Lucas 10,25-37

> [25] *Entonces se levantó un experto sobre la ley divina para sondear [a Jesús].*
>
> *—Maestro —dijo—, ¿qué es lo que tendría que hacer uno para heredar la vida perdurable?*

[26] *—¿Y qué es lo que pone en la ley divina? —le preguntó—. ¿Qué lees tú ahí?*

Éste respondió entonces:

[27] *—Te dedicarás activamente al Señor tu Dios con toda tu mente y con toda tu vida y con toda tu fuerza y con toda tu inteligencia; y a tu prójimo como a ti mismo.*

[28] *—Exactamente —dijo [Jesús]—. Haz esto mismo y vivirás.*

[29] *Pero como quería poner excusas le preguntó:*

—¿Y quién viene a ser mi prójimo?

[30] *Lo explicó así entonces Jesús:*

—Había una vez un hombre que bajaba por el camino que va de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos bandidos. Le quitaron todo lo que tenía y lo apalearon y lo abandonaron medio muerto. [31] *Por casualidad pasaba un sacerdote por ese camino. Lo vio y dio un rodeo al pasar.* [32] *Lo mismo sucedió con un levita. Llegó al lugar, lo vio y dio un rodeo al pasar.* [33] *En eso un tipo samaritano pasaba de viaje y cuando lo vio, se conmovió.* [34] *Se acercó. Le vendó las heridas, curándoselas con aceite y vino. Lo montó sobre su propio animal y se lo llevó a una hospedería, donde lo alojó.* [35] *La mañana siguiente, cuando se marchaba, dejó dinero con el hospedero y le dijo: «Hazte cargo de él. Y si cuesta más que esto, ya te lo pagaré cuando vuelva por aquí».* [36] *¿Cuál de estos tres te parece a ti que vino a ser en efecto un prójimo del que asaltaron los bandidos?*

[37] *—El que lo trató compasivamente —contestó—.*

Y Jesús le dijo:

—Sal tú a hacer lo mismo.

Sobre la parábola del samaritano —que quiero suponer que es ampliamente conocida por todos ustedes— solamente quiero hacer una única observación:

Los que pasan de largo, los que no se compadecen, son en esta parábola un sacerdote y un levita, dos personas a las que se les presupone conocer perfectamente la Instrucción divina, es decir, los enunciados recibidos de parte de Dios por Moisés, que nos enseñan cómo desarrollar vidas humanas que agradan a Dios, bendicen al prójimo, y nos llenan de satisfacción.

Son personas que conocen las teorías de la devoción a Dios, pero sin embargo no han desarrollado la práctica de una manera correcta. Se han centrado en los detalles, en el literalismo, en una obediencia ciega a la letra muerta de las disposiciones divinas. Pero en ese afán de cumplimiento al pie de la letra, han ignorado el espíritu de la ley, que es amplio, fuerte, flexible, adaptable a las circunstancias, para traernos libertad y no esclavitud, luz y no oscuridad, gracia y no legalismo.

Cuenta Jesús que ambas personas —el sacerdote y el levita— dan un rodeo. Esto tiene que ver con el hecho de que los ladrones dejaron a este pobre hombre medio muerto. Ahora bien, la ley de Moisés decía claramente que tocar un cadáver te deja ritualmente impuro para participar en el culto. Ciñéndose escrupulosamente a la letra de la ley, entonces, estos dos buenos hombres, que aman a Dios y no quieren perderse los beneficios del culto a Dios, dan un rodeo, por si acaso, no sea que el hombre esté muerto del todo y ellos se contaminen por tocar un cadáver.

En realidad, dan lástima. Como diría Jesús en otra ocasión, filtran los mosquitos pero se tragan un camello. Ante el llamamiento supremo de solidaridad humana de por lo menos

acercarse, tomarle el pulso, ver si todavía respira, comprobar si es que está o no muerto y si vive, hacer lo posible para ayudarle… Ante ese llamamiento a la compasión, que es supremo, es esencial, es lo único propiamente humano que se puede hacer en esas circunstancias, esta buena gente lo único que ve es la letra muerta de la Biblia que los tiene atrapados, esclavizados; moral y espiritualmente ciegos aunque creen ver y entender la voluntad de Dios.

Son como el sacerdote Amatsiá en el santuario de Casa de Dios, que por lealtad política a los reyes que construyeron y subvencionan el culto a Dios, no quieren oír las profecías de Amós y se escandalizan de que él se atreva a declarar que Israel ha sido condenada y será destruida, sus habitantes dispersados como esclavos entre las naciones.

Son como aquellos reyes de las naciones, que creyéndose dioses, no actúan con justicia y misericordia divina, sino que oprimen al pueblo con juicios injustos, reciben soborno, cometen actos de violencia y explotación, mandan los jóvenes a morir en guerras y se acuestan con cualquier chica que se les antoja. Según el Salmo 30 vimos que Dios los desplaza, los aparte de sus responsabilidades, les recuerda que solamente son seres mortales, igual que el pueblo al que malgobiernan. Dios se hará cargo él mismo, personalmente, de gobernar el mundo desde el interior de nuestros corazones, llenándonos por el soplo de su Espíritu, de impulsos bondadosos y generosos.

Jesús ha contado esta parábola para responder a las preguntas del experto de la ley divina, que había mostrado interés en la vida perdurable, pero que refugiándose en sus amplios conocimientos de la Biblia, pensaba hallar un resquicio de ambigüedad en la interpretación, de tal suerte que

no quedaba claro quién es ese prójimo al que hay que tratar con consideración, respeto, amabilidad, perdón y paciencia. El texto de Lucas nos dice que este buen hombre alegaba esa ambigüedad, precisamente para excusarse de tratar a todo el mundo así. El día que se supiera quién era ese prójimo al que hay que amar, estaba dispuesto a amarlo así en cumplimiento del divino mandamiento. Entre tanto que no se aclarara la cuestión, ¿para qué tratar bien a nadie?

Jesús le muestra fácilmente, con esta parábola, lo estúpido que es leer la Biblia así, de una forma tan esclava a los particulares, que ignora los principios generales y esenciales que gobiernan la revelación divina y la propia relación con Dios.

Hasta cualquier samaritano sabía perfectamente qué es lo que significa amar al prójimo. Los samaritanos eran un pueblo sectario del judaísmo, separado por diferencias históricas sobre la interpretación de las disposiciones de las instrucciones dadas por Dios a Moisés. A pesar de ello, cualquier samaritano anónimo —como cualquier otra persona del mundo entero—, sin que sea necesario ser un experto bíblico, puede entender que «amar al prójimo» significa tratar bien a todo el mundo, tratar con respeto y consideración a todas las personas con que te cruzas. Perdonar, olvidar viejas rencillas y rencores, dejar de lado envidias y divisiones y diferencias, para tratar con justicia a todo el mundo, no ser enemigo de nadie, bendecir al que te maldice, perdonar ofensas, dar agua al sediento, pan al hambriento, cobijo al que no tiene dónde dormir.

Bien es cierto —como vimos en la historia de Amós en el santuario de Casa de Dios y como vimos en el Salmo 30— que jamás es legítimo que los gobernantes se escuden en la religión

para oprimir al pueblo ni para ignorar la prédica de los profetas que Dios manda.

Pero gobernantes hay pocos. Las instrucciones de Pablo en su carta a los Colosenses y esta conversación de Jesús con el experto sobre las disposiciones divinas, nos tocan a todos. A cada uno, cada una.

Toda la Biblia, en sus detalles y en general, nos impulsa de mil maneras a imitar al Mesías Jesús, a conducirnos de una manera que sea «digna de nuestro soberano eterno» —una frase que hemos visto en Colosenses 1. Nos toca hacer el bien. Siempre el bien. No solamente no hacer mal, sino activamente hacer el bien. No solamente no perjudicar a nadie, no solamente no ser enemigos de nadie, no odiar ni destruir ni matar a nadie, sino ocuparnos activamente en hacer el bien, así como Jesús siempre trató bien y se ocupó activamente por hacer el bien, por consideración a todas las personas con que se cruzó.

Otros libros de Ediciones Biblioteca Menno



www.menonitas.org/biblioteca_menno

También pueden ser de su interés las lecturas que se encuentran en:

www.menonitas.org/sala.html

www.menonitas.org/el_mensajero

Según el autor, estamos hoy día ante una de las crisis periódicas que asolan el cristianismo, en particular el cristianismo evangélico. Son crisis cuya génesis es esencialmente social, cultural y política, pero que se presentan falsamente como crisis de aceptación del testimonio bíblico. El mundo evoluciona siempre hacia posiciones y costumbres nuevas, formas novedosas de entender la vida. Esta evolución nos aparta paulatinamente de lo que antes creíamos ser verdades fijas e inmutables.

Cuando el desfase entre lo antiguo y lo nuevo se vuelve insoportable, se manifiestan dos tipos de reacción entre la gente con fuertes convicciones religiosas. Unos abrazan el cambio y lo ven como una manifestación nueva de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Otros lo rechazan, tachando esas formas nuevas de pensamiento y conductas como apostasía, herejía, abandono de la fe; y en particular, abandono de la Verdad bíblica.

El autor dice encontrarse entre los que aman la tradición porque nos sitúa en continuidad con las generaciones que nos precedieron, pero detestan el tradicionalismo porque nos sofoca y nos roba la espontaneidad y la libertad a la que hemos sido llamados como seguidores de Jesucristo.

DIONISIO BYLER es profesor de Biblia en la Facultad de Teología SEUT (Madrid) y fue durante muchos años el secretario de la asociación de iglesias anabautistas, menonitas y afines en España. Autor de cientos de artículos de edificación cristiana, ha publicado numerosos libros; entre ellos su "Trilogía sobre la Biblia", publicada también por Ediciones Biblioteca Menno.